6366

LA FARSA

CEFERINO R. AVECILLA Y MANUEL MERINO

LA LOBA

Drama rural en tres actos.

50 cts

EL BARCO EMBRUJADO

de

Alberto Insúa

❀

Novela fantástica, en la que el popular novelista lleva a sus numerosos lectores, en un viaje maravilloso, al país donde la vergüenza no existe.

❀

Cinco pesetas

❀

En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

de

Francisco Camba

❀

Novela realista, de ambiente madrileño y de pasiones exaltadas, en la que destacan, sobre un fondo castizo, dos interesantes figuras de mujer.

❀

Cinco pesetas

❀

En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

LA LOBA

MANUEL MERINO Y
CEFERINO R. AVECILLA

LA LOBA

DRAMA RURAL EN TRES ACTOS

DIBUJOS DE BARBERO

LA FARSA
AÑO III | 12 DE OCTUBRE DE 1929 | NUM. 109
MADRID

PERSONAJES

La María.
La Marival.
La Gora.
La Gala.
La Jeroma.
La Señanica.
El Martín.
El Ramón.
El Pirili.
El Amaro.
El señor Ginés el abuelo.
Frutos el quincallero.
El Macario.
El Gaspar.
El Chalo.
El Chico de la Jeroma.

En Castilla.—Ahora.

Este drama fué representado por primera vez en Madrid y en el teatro Lara, la noche del 15 de septiembre de 1929. Interrumpidas sus representaciones, reanudáronse en el teatro de Fuencarral, donde fueron sus intérpretes:

Anita Adamuz.—Carmen Villa.—Paz Robles. Adela González.—Consuelo Company.—Manolo París.—Manuel de Juan.—Casimiro Hurtado. Adolfo Benedicto.—Santiago Imperial.—Luis Guerrero.—Antonio Albert.

A

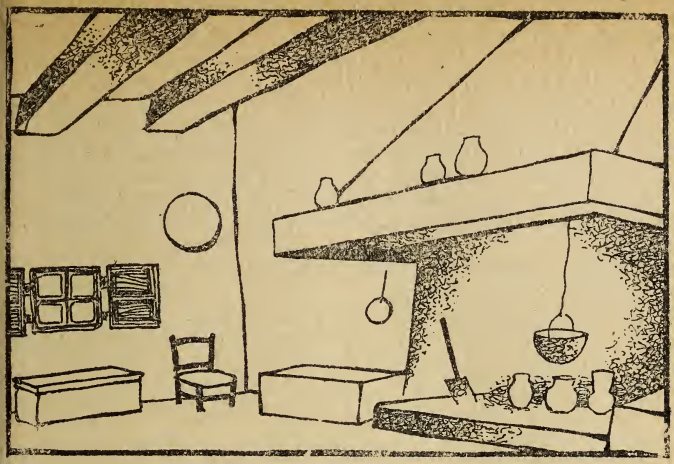
la memoria inextinguible

de

María Guerrero

671262

ACTO PRIMERO



Transcurren los sucesos de este drama en la cocina de la casa de MARTÍN. Hay un gran hogar encendido con leña de olivo, sobre la que burbujea una olla, pendiente de una cadena que escala el aire ahumado de la oquedad. Y en torno a la lumbre, unos pucheros, que, juntos, cuchichean, con sus panzas abrazadas por trébedes. Bajo la campana, enorme, baja y negra de humo, hay unos escaños de ladrillo y unas sillas de enea. Adosada a la pared, una cantarera con sus cántaros. Dos o tres. En el centro de la cocina, una rancia mesa de encina con los panes, y junto a la puerta un arcón alto con una imagen de la Virgen bajo un fanal y entre unas velas rizadas. Y colgado de la pared, un cedazo y aparejos de mulas y unos cestos. Cerca de la chimenea, una rueca con sus copos de lino y un gran candil, que se balancea en el vuelo mismo de la campana del hogar; y adosada a una pared, una alacena con su celosía de clausura. Y unas ramas de romero y olivo. Las paredes son blancas; el suelo, rojo, de sendos baldosones o viejos ladrillos anchos y relucientes colocados en espiguilla. Y sobre el pavimento y bajo las sillas, grandes ruedos de esparto. Y ante los escaños, montoncillos de paja para que los visitantes hundan sus pies, húmedos en estos dolorosos días del invierno castellano. La cocina tiene dos puertas. Una muy grande, que abre sobre el zaguán. Otra pequeña, que conduce al interior de la casa. Estas puertas son de recias tablas oscuras y con cuarterones. Junto a la puerta del fondo hay una ventana de postigos y con reja, por la que entra la luz fría y cruda de estos días de invierno. De las anchas vigas, noblemente viejas, penden unos exuberantes racimos de guindillas rojas, de cebollas doradas, de uvas ambarinas. Parece que el aire está aromado de espliego, de alcanfor, de laurel, de romero y de humo de leña de olivo.

(Cuando se levanta el telón, La Gora *entra por la puerta del zaguán. Trae en un pequeño cesto de mimbre unas rosquillas. La Gora es una mujer que sirve a La María desde hace muchísimos años. Tienen ambas la misma edad. Se criaron juntas. Sus padres fueron también gentes colocadas en la misma situación de ellas. Hundido en las sombras, debajo de la campana de la cocina, el señor* Ginés *está prisionero de su parálisis, y es, desde el comienzo del acto hasta que el telón cae, como un espectador de cuanto allí ocurre. Conciencia, crónicón y eco. Alguna vez alza su voz, que se oye como muy lejana.)*

La Gora.—Buen día, señor Ginés.

El Abuelo.—Ole, pitusa.

La Gora.—¡Si Dios le oyera a usted!...

El Abuelo.—Pues ya lo creo que me oirá... Lo que es, que no se le escucha. Le pasa lo que a mí.

La Gora.—¿Cómo que...? ¿Pues no le escucho yo?

El Abuelo.—Sí; pero ¿tú qué pintas, pobre?

La Gora.—Lo que otra cualquiera.

El Abuelo.—¡Anda, boba, que ya sabes tú por dónde voy yo!

La Gora.—¿Quiere usted un bollito del Parral? Acaban de traerlos. *(Y coloca el cesto de mimbres sobre una silla próxima a la alacena.)*

El Abuelo.—Pues qué, ¿es hoy jueves?

La Gora.—Jueves, abuelo... ¿Lo quiere usted?

El Abuelo.—¡Mira la Gora, qué cosas dice! ¡Bollos del Parral, cuando ya se me cayeron las muelas, no sé si de comerlos!

La Gora.—¿Es que siempre fueron duros?

El Abuelo.—Siempre, moza.

La Gora.—¡Ay, moza! ¡Moza, con los huesos más duros que estos bollos!

El Abuelo.—Mira, acércame un sarmiento a las brasas.

La Gora.—De que acabe, abuelo.

(Llega del interior de la casa, La Marival, *jubilosa, saltarina, parlera como un pájaro y como una fuente. La Marival corre hacia la Gora y la habla. Y a veces, al Abuelo también; y mientras habla a la Gora, arremete al cesto de los bollos, no obstante lo que la Gora intenta estorbarlo.)*

La Marival.—No, no, lleva el sarmiento.

La Gora.—¡Anda de ahí!...

La Marival.—Quita.

La Gora.—¡Quita tú!

(Y la Marival forcejea con la Gora, que quiere encerrar los bollos en la alacena.)

El Abuelo.—Déjala, tú, ahora que tiene dientes.

La Gora.—Lo que es, si fuera hija mía, ¡ya se los había
ditado más de una vez!
La Marival.—¡Pero como no lo soy!
La Gora.—¡Anda, golosona!
La Marival.—¡Ñe!...
*(Y la Marival hace un gesto muy gracioso a la Gora; y la
ora, no obstante su genio terrible, se echa a reír.)*
La Gora.—¡Quita!... ¡Si no me río, no!
La Marival.—¡Dice que no se ríe!... Más te valía lleval
rmientos al abuelo. ¡Anda ya y llévaselos!
La Gora.—Estás tú buena...
La Marival.—Ya sé que no me quieres desde hace tiempo.
La Gora.—Ni pizca.
*(Ha ido a llevar los sarmientos que pedía el Abuelo. Los
ca de un montón de leña que hay en una oquedad del muro.)*
La Marival.—Y no me quieres, porque ha venido padre de
s Indias. ¡Y porque como me ves con estas arracadas y es-
s peinas y estos anillos que me trajo, y a ti no te los
ajo!...
El Abuelo.—Dios te lo pague, Gora.
La Gora.—Y usted que lo vea, abuelo.
La Marival.—Pues eso... Anda, que si no me quieres ya,
adre, mi padre, me quiere por ti.
La Gora.—¡Pues anda, vete con tu padre, y no vengas a
merte los bollos, que éstos no los trajo de las Indias!
La Marival.—¡Claro que me voy con él! Ya le he buscado
sta en la solana.
La Gora.—Pues así que no hace rato que se marchó.
La Marival.—¿Que se marchó?
La Gora.—Se marchó.
La Marival.—¿Y adónde se marchó?
La Gora.—¡Ah! Eso...
El Abuelo.—Pues por ahí. A dal tumbos. Cal Fulano, cal
engano. Como aquel que vuelve a su pueblo ca cuantos
ños, y ca cuantos años se encuentra con que la muerte ha
echo sus visitas a los hombres y el tiempo ha arrastrao
or el mismo camino unas cuantas cosas. Y veréis la vez
ue venga y se encuentre que en la cocina falta un leño: yo,
él ya no le importaré cosa; pero ya veréis...
La Gora.—¡Pero abuelo!
La Marival.—¡Vaya, pues sí que sí! ¡Poquito que le quiere
usted el padre!
El Abuelo.—Poquito... Por eso te digo que a mí me echará
oco de menos, porque casi me se nota ya... Como que le
hocó mucho verme por aquí, y casi no me conoció. ¡Claro!...
Tantos años por aquellas tierras!

LA GORA.—Diez y seis.

LA MARIVAL.—El mes que viene... Pero es que ahora tardaremos otros tantos en volvel.

LA GORA.—Pues ¿es que tú te vas con tu padre?

LA MARIVAL.—¡A vel!

LA GORA.—¿Y tu madre?

LA MARIVAL.—Madre no.

LA GORA.—¡Ya me chocaba a mí!... Mía si tampoco te v tú, que sería lo más acertao.

LA MARIVAL.—No, si yo no sé... Pero eso de ver tierras r llama a mí la atención.

LA GORA.—Andate con ojo, moza, que tu padre se va p seis meses y tarda veinte años en volvel, y... ándate con o A más que tu madre, tocante a él, ya está acostumbrá.. pero no sé yo si respective a ti se arreglaría...

LA MARIVAL.—Madre, lo que quiera yo...

(Aparece LA MARÍA, *muy enfadada. Es una mujer saludab madura, áspera y fuerte. Es negro su pelo, tostadas sus co nes color de tierra. No obstante los refajos y los pañuelos las toquillas, que reducen la flexibilidad de su cuerpo, muév se con relativa desenvoltura.)*

LA MARÍA.—¡Gora, Gora! Anda, ve y despacha al quincal ro. Y dile que no. ¡Que no queremos nada!... ¡Condenados! ¡Si te digo!... ¡Vaya, que desde que llegó Martín esto es puerto de arrebatacapas! Y aquí los pañeros, para que co pre los paños de Béjar que van a comerse las polillas en cómoda; y aquí las monjitas, con encajes; y aquí los platero con aljófar y afiligranados que parece que han venido tod los de Salamanca, que es donde hay más..., ¿no es verdad, p dre? Y aquí el infierno, y Dios me perdone... ¡Hala, tú! N quiero ver a nadie más; que por muchos caudales que lle Martín en el cinto, ¡no le van a cundir, a este paso..., y y tengo una hija! Y basta ya de trapos, y de cintas, y de ab lorios, y de plateros. ¡Anda, Gora!

LA GORA.—Que se vayan, ¿no?

LA MARÍA.—Eso. Y ¿qué hacías tú? *(A la Marival.)* Hay b llos, ¿verdad, lameruza? Trae para acá.

(La María coge de un brazo a la Marival y la arranca a la alacena, donde ésta aún gulusmeaba. La Gora se ha id por la puerta por donde llegó la María.)

LA MARIVAL.—Sí que hay bollos.

LA MARÍA.—¡Qué lista andas tú los jueves!

LA MARIVAL.—Pues lo mismo que cada día, madre.

LA MARÍA.—¡Anda, golosona, que así luego no catas la c mida!

LA MARIVAL.—¡Pues no he de catarla!

(La María ha seguido arreglando la alacena y ahora ofrece su hija un bollo.)

LA MARÍA.—Toma, lechucina, este que tiene muy buena cara.

LA MARIVAL.—Sí que parece...

(Y lo toma y lo come.)

LA MARÍA.—¡Ea, arreglado!

(Pausa.)

LA MARIVAL.—¿Tardará padre?

LA MARÍA.—¿Quién sabe eso?

LA MARIVAL.—A usted se lo habrá dicho.

LA MARÍA.—Pues no.

LA MARIVAL.—¡Cuidado que es raro padre!

LA MARÍA.—Sí que lo es.

LA MARIVAL.—¡Con las cosas que nos ha traído de Ultramal!

LA MARÍA.—Siempre pasó.

LA MARIVAL.—¡Y no le da a una un beso!

LA MARÍA.—Siempre pasó.

LA MARIVAL.—Y se va a la calle, y no sabe una dónde. Y ene, y no dice de dónde. Y ni se pone alegre, ni triste... ¡vamos!, no es que yo diga...; pero es que me choca, madre.

LA MARÍA.—Como es así... ¡Porque es así, hija, es así!... ıando vino la última vez...

LA MARIVAL.—De eso no me acuerdo yo.

LA MARÍA.—¡Claro!... Pues acababa de morirse mi Chomín. Mi Chomín!

LA MARIVAL.—¡Ea, madre, que también usted!... ¡No llore ted, vaya!... Pues..., ¡andando! ¡Si estará en el cielo, como dos los que mueren chiquitines! Que no llore usted, madre. Vaya por Dios!

LA MARÍA.—Pues ni le echó de menos... "Se ha muerto nomín, ¿sabes?", le dije. Y me dijo: "¡Como que las criaras no dan más que disgustos!" ¡Y nada más!... Y a los ince días, se volvió para Chili. Y hasta ahora.

LA MARIVAL.—Pero, madre, si es así... ¡Vaya! Que también y yo a llorar.

LA MARÍA.—No, tú no lloras. ¡Ni usted, padre! ¡No llore sted!

(Porque, en efecto, el Abuelo se enjuga las lágrimas. En te punto entran por la puerta del zaguán LA GORA, *que resa de la comisión que la María la encomendara, y* LA JEOMA *y su hijo. La Jeroma es una antigua amiga de la Ma a y de la Gora. Su hijo es un chicarrón de catorce años, cio como un roble y muy corto de seso. Lleva vendada la beza y el pelo cortado al rape, y una boina de la que no se esprende hasta que la María se la arranca.)*

LA GORA.—Pues aquí la tienes.

La Jeroma.—¡Ave María!

La María.—Entra, Jeroma.

La Jeroma.—¡Pasa, arrastrao!

(Y tira del chico, que entra a su vez resistiéndose cuan puede, como si las personas le diesen miedo.)

La María.—¿Se fué el quincallero?

La Gora.—Se fué. ¡Y buen trabajo que me costó el que fuera!

La María.—Pues ¿y eso?

La Gora.—Nada. Empeñao en esperal a Martín.

La Jeroma.—Para engañale, ¡claro! Y disimula, María, me meto en esto y en lo otro...

La María.—¡Si es la verdad! ¡Si te digo que esto es u asco! Al primero que venga, voy a decirle cuántas son cine ¡caray!

La Jeroma.—¡Mu justo!

La María.—¡Vamos!

La Marival.—Y que como padre es así..., pues le engaña

La Jeroma.—Quiere decirse que no salió, ¿no verdad?

La María.—Salió; pero debe estar ya al caer.

La Jeroma.—Entós le aguardo. Pa vele. Porque no le h visto entoavía.

La María.—Eso, a tu gusto.

La Marival.—¿Y qué te pasa a ti en la cabeza?

El Chico.—¡Na! ¡No ha sío na! ¡No es na!

La María.—¿Pues es verdad? ¿Qué le pasa?

El Chico.—Una tarascá...

La Jeroma.—¡Anda de ahí, ladrón! ¡Una tarascá, dice! La pedreas. Que aquí todos los chicos andan a vueltas con la hondas como los pastores. Y que hoy le ha tocao al mío l china. ¡Y menuda! Que me lo han escalabrao.

El Chico.—Si es que el chico de la Lonja...

La María.—¡Anda de ahí, zolocho! Que muy bien emplead que te está, hasta que te salten los sesos. Si ya os vi el dí pasado en el camino del Val. ¿Te crees que no? ¡Pues te vi ¡Menuda pedrea! Y en poco arrean conmigo también, que soi todos unos salvajes del demonio! ¡Anda de ahí!

La Marival.—¡Y que está guapo con la venda!

La Jeroma.—Como que se le ha quedao la gorra chica. ¡Un visión!

La María.—¡Y quítatela, muchacho, que estás de visita! ¿O e que no os enseñan ni eso en la escuela?

La Jeroma.—¡Sí, la escuela! ¡Si no va ni uno a la escuela

La Marival.—¡Qué arrastraos!

El Chico.—¡A ver si ahora no se va a poder enredal!

La Jeroma.—¡Habráse visto!

La Marival.—¡Cállate, descarao!

El Chico.—¡Si fué el chico de la Lonja!...

La María.—El de la Lonja y tú y todos, que sois unos Adanes! ¡Que parece que sus revolcáis por la carretera! *(Y le zarandea.)* ¡Así hacéis luego lo que hacéis de hombres! ¡Gitanos! Si te digo que... *(Transición.)* Y ven pa acá, que te se cae la venda y el aire es muy malo y va a armarse ahí una cantera de sabe Dios qué. *(A Jeroma.)* Y ya podías tú cuidarte un poco más de la criatura. Es que parece que ni que fueran los hijos del vecino.

La Jeroma.—¡Mia tú no reventasen todos!

La María.—Anda d'ahí. Tú, chica. Trae, que ahí en la alacena están las hilas y el árnica. Ven tú p'acá, recondenao de todos los demonios. *(Transición.)* ¡Ay, pobre hijo, y cómo tiene la cabeza! ¡Jesús! También tú... Lo que te digo... Que podías cuidarte un poco más del pobre hijo. ¡Pues anda! *(Y la María cura la herida del chico maternalmente, mientras él, arisco como un gato montés, rezonga y protesta, y la Marival ríe y la Jeroma mira a la María tiernamente.)*

El Chico.—¡Ay, ay! ¡Que m'hace usted daño!

La María.—Ahora chillas. ¡Ahora! Largo, bribón. Pero no te duele el alma de andar en la pedrea, ¿verdad? ¡Perros! ¡Que sois unos perros! Perros, que venís al mundo para nuestro martirio. Que si de criaturas, con el alma en un hilo. Y la madre a pasar lo que se pasa. Que si de hombres, Dios sabe. A que lo pase la mujer. ¡Si te digo!

La Jeroma.—Eso sí que sí.

La María.—Anda con tu madre, ¡infierno!

La Jeroma.—¡Ven, tú! *(Y le pega.)* Que ya has dao bastante música. ¡Toma! ¡Es que si me valiera!

La Marival.—Pues el día pasao andaba con otros por ahí a cantazos con las puertas.

La Jeroma.—¡Vamos!... ¡Te parece!

El Chico.—Si es que...

La María.—Es que había que matarlos a todos. ¡Los hombrones! ¡La condenación de las casas desde antes de nacer! ¡Pues mía tú mi casa! ¿Es que no es un infierno mi casa? ¡Es que no es un infierno?

La Marival.—¡Pero, madre!...

La Gora.—¡Amos, chica! Eso...

La María.—¡La verdad! Cada vez que un hombre se mete en la vida de una, ¡pues un infierno es la vida! Tú hazte cargo. Tú recuérdate que no nos conocemos de hace na. Infierno fué la casa de mi padre y de mi madre, que en santa gloria esté, desde que Martín asomó la gaita. Que si por arriba, que si por abajo, que aquel hombre no era lo que me con-

venía a mí... ¡Pues un infierno! Y el diablo me se llevó, y me casé, y ya ves tú ahora... ¿Cuándo me dejó el diablo? Cuando agarró a Martín para llevarlo a esas tierras del demonio. ¿Qué debo yo a Martín? ¡Mis hijos! El hijo aquel..., aquel... *(Transición.)* Aquel no fué el diablo quien se lo llevó. ¡Angel mío! Aquel fué Dios Nuestro Señor, porque, sin duda, tenía yo algún pecado muy gordo por el que hacer alguna penitencia muy gorda. ¡Pues anda, que por gordo que fuese el pecado, me parece mucho castigo éste, que me ha hecho una herida en el corazón que no ha de cerrarse nunca!...

LA MARIVAL.—¡Madre, madre!

LA MARÍA.—¡Sólo cuando abrazo a mi moza parece que se calma el escozor del puñal que llevo clavao desde hace tantos años! *(Abraza a la Marival.)*

LA JEROMA.—¡Pues ya ves!... Es que los hijos...

LA MARÍA.—¡Los hijos! ¡Pues si no hay más que los hijos en el mundo! Y hay madre que..., ¡vaya!, habría que arrancarlas las entrañas de cuajo. ¡Si es que nos enseñan los animales, mujer! Ve a quitarle sus lobeznos a la loba, y verás. ¡Pues eso! Yo lo vi una vez... Se la encienden unos luceros en los ojos. Y enseña unos colmillos afilados como puñales. Y se deja matar antes de que los toquen. ¡Pues así!...

LA GORA.—¡Anda, chica! Eso es la loba.

LA MARÍA.—Y tú, ¿no lo harías tú?

LA GORA.—Es que sacas unas comparanzas...

LA MARIVAL.—¡Pero, madre! Pues ya que la llaman a usted así...

LA MARÍA.—Déjalo. ¡Quién sabe si harán bien!

LA MARIVAL.—Es que da miedo.

LA MARÍA.—¡Te asustas, hija! ¡Si seré loba!...

LA GORA.—¿Oyes? ¡Los diablos!

LA MARÍA.—Ahí está.

LA GORA.—Tengo ganas de ver a Martín, la verdad.

LA MARÍA.—Pues ahí le tienes.

LA MARIVAL.—No viene solo padre. Viene el Pirili.

LA MARÍA.—¡Claro! A ese hombre...

LA GORA.—Y muchos más. Y le festejan. ¡Claro!

LA MARIVAL.—¡Hay que ver! Y antes tan solas que estábamos aquí.

LA GORA.—Es que el olor de las onzas es un gran cebo, galana.

LA MARÍA.—¡Que se las lleve! ¡Que se las lleve y nos deje solas con nuestra pobreza! ¡Anda!

(Por el foro llegan EL MARTÍN *y* EL CHALO; FRUTOS, *el quincallero, con una gran caja colgada de un hombro por una correa; el señor* MACARIO, *viejo hablador, que conoció y*

ué gran amigo del padre de Martín; GASPAR, *mozuelo raquí-*
ico y deforme, gran sabedor de enredos y gran vocero de lo
ue sabe y de lo que supone, y algunos otros amigos que acom-
añan a Martín con gran prosopopeya.)

EL MARTÍN.—Alante, alante; entrarsos por aquí, que mi casa es
ı de mis amigos y es mu justo que bebamos una jarra y sos
omáis una pastita a mi salud y a la de la María y a la de
ı moza y a la de toos los presentes. ¡Alante digo! ¿No verdá,
rujer?

LA MARÍA.—Verdá será cuando tú lo dices, Martín. Que pa-
en y se sienten, que pa toos hay sitio en siendo que vienen
on el amo.

LA MARIVAL.—Ole, Gaspar.

EL GASPAR.—Ole... Güena estás tú, güena.

LA MARIVAL.—Vamos tirando...

LA JEROMA.—¡Pero, Martín! ¡Pero, criatura! ¿Es que ya no
ıe conoces? ¿No me conoces ya, Martín? ¿Tan vieja estoy que
o me conoces?

EL MARTÍN.—¡Anda! ¿Pues no te tengo de conocer, Jeroma?

LA JEROMA.—¡Mal me conociste al entrar!

EL MARTÍN.—¡Pero, Jeroma!... Ya sé que el Camisa murió.

LA JEROMA.—Murió.

EL MARTÍN.—¿Y te dejó familia?

LA JEROMA.—Este demonio. ¡Saluda, tú! Que es Martín. El
ıejor amigo de tu padre, que en gloria esté. Martín, el de la
luerta.

EL MARTÍN.—Ven p'acá, buen mozo. ¿Qué te pasa?

EL CHICO.—Hum... Hum...

LA JEROMA.—Las pedreas condenás, que van a acabar con
os los chicos y con toas nosotras.

LA MARÍA.—*(A los amigos de Martín.)* Sentarsos, sentarsos.
ú, Gora; saca una jarra de vino. Chica, trae los bollos, si es
ue habéis dejao alguno.

LA MARIVAL.—¡Si yo no los he catao, madre!

EL FRUTOS.—Se estima.

EL MACARIO.—No andéis con cumplidos.

EL GASPAR.—Un jarro de vino siempre cae bien, la verdá.

EL MACARIO.—Hombre, eso...

EL MARTÍN.—También a mí me han escalabrao qué se yo
ıs veces. Y a tu padre, chico, a tu padre. Y a ti. Y al señor
Macario, en su tiempo.

EL MACARIO.—Y a tu padre, Martín, te digo yo. Igual que tú
on el Camisa, que en gloria esté, andaba yo con tu padre.

EL MARTÍN.—¡Pues ya ves, Jeroma.

LA JEROMA.—Y tu madre te arreaba, como yo a éste.

EL MACARIO.—Y la mía, que en gloria esté. ¡Pues ya lo creo!

El Martín.—¿Y a ti no te han escalabrao de chico, Pirili
El Pirili.—A mí, no. ¡Lo que es a mí!...
El Gaspar.—¡Bueno era éste! ¡Ya sabía dónde había de p nerse, ya! Se taparía con alguien pa que no le llegara la pi dra. Y pué ser que tirase más que otros. Pero bien tapao.
El Pirili.—¡A ver! Ya ves lo que se saca de otro mod ¿verdá?
El Chico.—Si ha sido el chico de la Lonja, que...
La María.—¡Cállate ya!
La Marival.—Pero déjele usté, madre.
(La María, la Marival y la Gora han servido el vino en se das jarras y han "pasado" una bandeja con los bollos.)
El Martín.—Ven tú p'acá, Frutos. Que vea la María lo qu traes. Y tú... Y toas...
El Frutos.—Si ya vine enantes. Pero se conoce que la Marí estaba de mal genio. Y no quiso ni verme. Y me fuí a bu carte. Porque ya se yo que tú...
La María.—¡Qué mal genio ni qué porra! Es que hay qu ver lo que Martín nos trae, que ya no tenemos ni donde gua darlo.
El Martín.—Mientras haiga onzas en el cinto, tú dala gusto. Y tú, Marival. Que quiero yo que tengáis más aljófa que nadie y que seáis las reinas del pueblo, ¡concho!
La Jeroma.—¡Rumbo! ¡Rumbo!
El Martín.—A ver, Frutos, a ver...
(Abre el cajón Frutos. Las mujeres le rodean. Los hombre al otro lado de la cocina, siguen bebiendo.)
El Macario.—Así, así.
El Pirili.—¡Anda que Frutos!...
El Gaspar.—¿También te da envidia de eso?
El Pirili.—¿A mí?
La Marival.—¡Qué arracadas! ¡Y qué rosarios! ¡Y qu peinas!
La María.—¡Pero si tenemos de to sin estrenar!
El Frutos.—¿Cómo éstas? A que no, guapa...
El Martín.—¡Ca!... Como ésas..., no.
La Gora.—En el nombre del Padre...
La Jeroma.—¡Jesús, qué riqueza!
El Macario.— ...Y es que los viejos duramos más que los j venes.
El Gaspar.—¡Natural!... Mía éste, que se le van los ojo p'allá.
El Pirili.—¿A mí?
El Martín.—¡Cuánta gente muerta, señor Macario! El Ca misa, el Rufo, la Juana... ¡Tan preciosa que era la Juana! Do Venancio el cura... ¡Qué sé yo!... ¡Cuánta gente! Es que e

na compasión asomarse al pueblo de uno. Lo único que no uere es el mismo pueblo. Siempre igual. Aquí no se hace na casa ni se hunde una pared. No varían más que las personas. El pueblo, el cielo y la tierra son los mismos de toa vida. ¡Vamos! Si hasta parece que no siegan el campo. La ata que estaba al pie de un lindero, al pie está. El álamo l Viso tie las mismas hojas. El agua del río no corre; parece n espejo que da la cara siempre a las mismas caras. Menos las caras de los que se van más allá de donde yo me voy. Na! Que esto es muy triste. Que si el mundo fuese como el ueblo, a mí no me importaría seguir al Rufo, al Camisa y la Juana. Porque pa lo que aquí hay que ver, de seguro ue se está mejor donde sea que se vaya uno después de muer-. Porque que se va uno a alguna parte.... Eso, ¡como la luz!

EL MACARIO.—Pues luego...

EL GASPAR.—Parece que tarda el Ramón...

LA MARIVAL.—Tarda...

LA MARÍA.—¿Va a venir el Ramón?

(La María y la Marival dejan un momento al quincallero y iran al grupo de los hombres.)

EL GASPAR.—Mia la chica...

EL MACARIO.—A lo mejor no ha encontrado a Amaro.

EL MARTÍN.—Va a venir Ramón. Me lo he topao. Y me han icho éstos quién es. Y le he dicho que echara pa acá a su o para darle un achuchón. ¡Si hemos jugao de chicos jun-s!... Y de aquellas pedreas, ya somos mu pocos los cantos ue entoavía podemos rodar por los caminos...

EL GASPAR.—Vele; ahí viene. ¡Ramón! ¡Tú!

EL MARTÍN.—¡Amaro! ¡Amaro! *(En la puerta del foro.)*

LA MARIA.—¿Viene? ¿Viene?

LA MARIVAL.—Viene, madre...

EL AMARO.—Ave María.

EL RAMÓN.—Ole...

(Entran el señor AMARO *y el* RAMÓN. *Mariano estrecha la ano de su amigo y permanecen ambos en silencio.)*

EL MARTÍN.—¡Amaro!

EL AMARO.—¡Martín! *(Pausa.)*

EL MARTÍN.—¡Hale! Echate un trago de vino. Y tú, Ramón. ambién tú. Bebe. Y toma una pasta.

EL RAMÓN.—Se estima, señor Martín, y a la salú de todos. *Bebe en el jarro que le ofrecen.)*

EL MARTÍN.—¡Olé! Y empina bien el codo y a ver si te ale-as, galán, que eso es bueno.

EL RAMÓN.—¡Pero si estoy como si me hubiese tragao una intara, señor Martín! ¡Si parece que en vez de sangre tengo no en las venas! Que aunque yo no tenía el aquel de ha-

berle visto nunca, señor Martín, le conozco mu bien; que Marival y servidor hemos hablao de usté más que de nosotr mismos. ¡Lo que pasa! Ahí va d'ahí... *(Da el jarro de vi a quien tiene más cerca.)* Y usté disimule, señor Martín, es que hablo mucho, yo que no suelo abrir el pico. Pe ¡velay!, que le tengo a usté más ley de la que usté se piens Y ahora si pué sel... Este puro pa que se lo fume usté a salú, y a la de la Marival, y a la de la madriña, aquí p sente. Y usté disimule si no tiene sortija, como es lo debid pero más vale la voluntad con que se lo traigo que todas l sortijas del mundo. Conque de salú sirva, y que si Dios quie tire como es debido también, señor Martín.

El Martín.—¡Se agradece, majete! *(Toma una brasa d hogar y enciende con gran prosopopeya el cigarro puro que ha dado Ramón.)*

El Macario.—Toma tú, Amaro.

El Gaspar.—Ahí va, Ramón. Toma tú, Pirili.

El Pirili.—Se estima. *(Pasan jarras, vasos y bandeja d mano en mano.)*

El Martín.—Y siéntate. Sentarse. Y dime... Si no sé... No s

El Amaro.—Pues nada, Martín. Aquí en el pueblo la vi de siempre. En el invierno, pasando frío y esperando el ag del cielo para que la cosecha se dé bien. En verano, que segamos, que si la era, que si un granizo puede arruinal l viñas, que si va a haber toros en la función, que la fuen del Chorrillo no corre. Lo de siempre, Martín. Y qué, ¿ quedas ya aquí?

El Macario.—Bien haría.

El Pirili.—Lo que es ése.

El Martín.—¡Quiá! ¿Quedarme? ¡Quiá! ¡Hala! A Chili, q es tierra rica, y allí gana buenos duros el que trabaja, y hay que vivir mirando al cielo. ¡A Chili!

La María.—Mira, Ramón, qué leontina.

El Frutos.—Buena pieza.

El Ramón.—Buena.

El Martín.—Pues pa el chico.

La María.—Esa se la regalo yo.

El Pirili.—¡Arrea!...

El Martín.—¡Pues tú!

El Ramón.—Estimando, madrina. ¿Pero ve usted, señor Ma tín? Es que se emboba uno mirándola. ¡La madrina! Gan me dan de marcharme a Chili yo también pa traerme todo oro del Perú, que debe de andarse por allí cerca, y para h cer con el oro del Perú un camarín pa la madrina y alu brarle con velas rizás y echarla a los pies unas matas de t

illo y unas matas de romero para que pueda andal por la
erra como la procesión. Y que pise y que perfume el aire.
El Gaspar.—Eso va bien. Y qué, ¿no hay nada en esa leta-
a pa la Marival?
El Ramón.—Pa la Marival...
El Gaspar.—Porque, vamos, que ya me parece a mí que de-
s regalarla.
El Martín.—¿Pues y eso?
El Macario.—Ya había oído algo yo.
El Chico.—¡Son novios! ¡Son novios! *(Y cínico como un
anujilla canta el estribillo a los muchachos.)*

El novio y la novia
se quieren casar...

El Martín.—¡A ver, a ver! ¿Qué es eso?
La María.—¡Na! Eso no pué ser na. ¡Si sabré yo! Cosas de
gente. ¡Si sabré yo! ¡Na! Te digo que na.
El Gaspar.—Sí... Sí... Cuando yo lo digo...
El Macario.—Este lo sabe todo. No tiene otro oficio.
El Martín.—¿Calláis? ¿Vosotros calláis? ¿Tú no dices nada,
amón? ¿Ni tú, chica?
El Ramón.—Yo..., la verdad... Yo..., madrina...
La Marival.—La verdad es que...
*(Todos ríen. Gran regocijo. La María palidece. El Amaro
illa.)*
El Martín.—Mira los chicos lo que saben. Venga esa mano,
amón. Ya sé que eres bueno como el pan. Y ya sé que te la
ereces. Sus casaréis. ¡Y hala, a las Indias conmigo! Para
ue allí te hagas un hombre y amases el camarín y para que
o, cuando ya sea viejo, me pueda apoyar en tus hombros y
ener a mi hija cerca. Ya está dicho.
*(La María, que ha contenido su furia, grita como una fiera
l llegar a este punto.)*
La María.—¡No, no! ¡Eso no! ¡Eso no puede ser!
El Martín.—¿Qué dices?
El Pirili.—¡Vamos!
El Macario.—¡Pero María!
La Jeroma.—¡Pero, mujer!
El Frutos.—Claro... Es su madre.
El Gaspar.—¡Anda!
El Martín.—¿Qué dices, María?
La María.—*(Exaltadísima.)* Digo que no.. ¿No lo oyes? ¡Que
o! ¡Que no y no! Y que aquí está mi vida para que me la

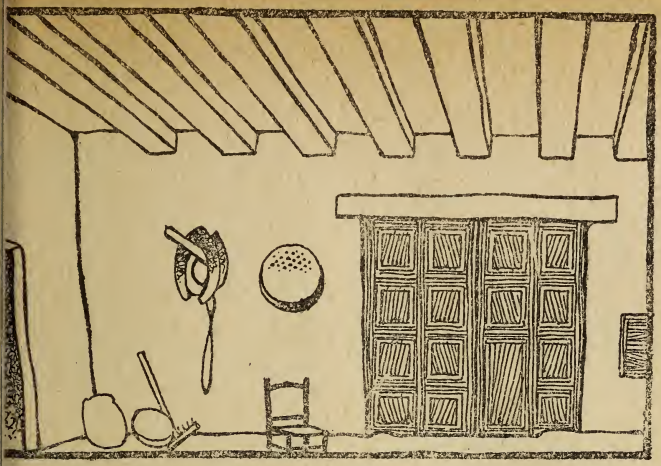
quites si quieres. Pero mi Marival no se casa mientras y viva. Ya está dicho.

EL MARTÍN.—¿Pero por qué? ¡Dilo! ¡Habla! ¿Por qué?

LA MARÍA.—Porque... Porque... Porque no, Martín. Porqu no, Martín. ¿No lo oyes? ¡Porque no! *(Cae el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



a alza el telón. Nadie sino el señor GINÉS, el abuelo, está en la ocina. Han transcurrido veinticuatro horas. Por la tarde. Hace sol.

LA MARÍA.—*(Dentro.)* ¡Zolochos, más que zolochos! ¡Que se tenía de caer la cara de vergüenza! ¡Que no se os mueve alma de ver medir a esos medidores! ¡Vaya una manera de evar las fanegas, que echan en cada una un par de celemines e añadidura! ¡A ver si miden así en ca don Atilano! ¡A que o! Mucho cargar la mies de cubo en su tiempo y mucha ntería, y al ama una centella que se la lleve. ¡Amos! ¡Si digo! *(Ya ha entrado* LA GORA *por el foro. Se dirige hacia onde se oye la voz de La María, a tiempo que ésta aparece.)* Ole!

LA GORA.—Ya estoy aquí.

LA MARÍA.—No anduvistes muy ligera, no...

LA GORA.—¡Miá tú! ¡Pues está el tiempo pa entretenerse!

LA MARÍA.—¡Miá tú!

LA GORA.—A ti es que te se hacen años los minutos...

LA MARÍA.—Puede que sea eso. ¿Viste al señor Amaro?

LA GORA.—Le vi y le hablé, y ahora vendrá.

LA MARÍA.—¡Bendito sea Dios!

La Gora.—¡Amén! *(Pausa.)*

La María.—¿Y qué le has dicho?

La Gora.—Pues lo que tú me dijiste que le dijera, muje
Y me dijo: ¿Pero es que tiene empeño en que vaya ahor
Y le dije: Ahora, sí, señor. Ahora que Martín no está. ¿Y p
qué ahora que Martín no está? ¡Ah! Eso no sé yo por qu
La verdad, yo no sé por qué, ni me importa, la verdad ta
bién... Y le dije: Apuesto a que es cosa muy interesante
que la María quiere decirle. Y me dijo: Sí que tié que ser.
nada más.

La María.—¡Ay, Gora!

La Gora.—¿Qué hay?

La María.—¿Tú crees que esto es vivir?

La Gora.—¡Ay, hija, eso!...

La María.—¿Pues no lo ves? ¿Es que no viste cómo se pu
hoy otra vez Martín a cuenta de Marival? ¿Y crees tú q
debo yo ser consentidora? ¡Pues no debo ser consentidor
¿A ti te parece?

La Gora.—Tú sabrás...

La María.—¡Claro!... *(Pausa.)* Tan ricamente que estábam
nosotros y tan ricamente que estaba Martín en las Indias...
así debía ser ley de Dios, ¡que para lo que sirven los hombr
en las casas!

La Gora.—Mira, María, a mí no me vengas con romances.

La María.—¿Con romances?

La Gora.—Romances, y nada más que romances. ¿Es que R
món no se merece la chica? ¿Es que por si acaso?...

La María.—Tú déjame a mí, que cada uno es cada uno
sabe lo que se hace.

La Gora.—Es que también tú...

*(Aparece la Marival; ve a su madre, y se queda inmóvi
clavada en el suelo, con la mirada sin determinar.)*

La María.—¿Dónde vas? ¿Qué te se ha perdido aquí? ¡V
mos!...

La Marival.—Nada...

La Gora.—Ven, ven...

La María.—Di, boba, di. ¿Dónde ibas?

La Marival.—Es que buscaba a la Gora.

La María.—¿Y para qué buscabas a la Gora?

La Gora.—Es que la chica...

La María.—¡A la reja, sí que sí! A ponerte ahí detrás, com
un pasmarote. ¡Mira tú que buscar a la Gora!...

La Gora.—Anda, vamos, que hoy tu madre...

La María.—Tu madre, ¿qué?

La Gora.—Pues eso, que nos estás volviendo locas. Que n

abe una ni lo que quieres ni cómo acertar. ¡Pues anda, hija!

La Marival.—No se enfade usted conmigo, madre, que yo... *(Transición.)*

La María.—Ven acá, lucero, que en cuanto pones la cara ompungida, parece que me dejan de la mano de Dios. Ven ú, galana, ven, y no hagas caso de la Gora, ni busques a la Gora, que para algo anda entoavía tu madre por el mundo.

La Gora.—Y por muchos años.

La Marival.—Es que como se pone usted así...

La María.—Así, cuando se me hace que te van a llevar de mi lado. Así, cuando me pasa por los pensamientos que quieras a un hombre. Eso...

La Marival.—Yo...

La María.—Eso no puede ser, Marival, eso no puede ser. Tú no sabes de estas cosas, criaturita. Pero tú, que has visto en tu casa lo que has visto, debías de pensar en mí antes de mirar a un hombre. ¿Por qué has mirado a Ramón?

La Marival.—Pues no sé por qué. Porque sí. Porque me parecía que Ramón era algo mío, desde sabe Dios cuándo. Porque..., eso..., porque cuando nos veíamos allá camino de la Fuente del Cura, o por el prado de Torote, o por donde fuera, parecía que me estaba esperando siempre, y no me esperaba nunca. No me esperaba, no. Es que a los dos se nos ocurría ir por el mismo sitio a pasear, Dios sabe por qué. Y por eso creí yo siempre que era una cosa que estaba de Dios. Y así, ni él me ha dicho a mí nada nunca ni me pareció a mí menester que me lo dijera. Era una cosa como si ya desde antes de nacer hubiera estado escrito. Es que tenía que pasar. ¡Y ahora resulta, ya ve usté, que lo que tenía que pasar no es lo que yo creí que tenía que pasar!

La María.—¿Y por qué tú no me dijiste a tiempo lo que pasaba, por qué, Marival?

La Gora.—Porque la chica no es tonta. Y la chica sabe que hablarte a ti de eso es lo mismo que hablarte del diablo, del que Dios nos libre, amén. Por eso...

La María.—¡Anda, malmete tú a la chica!... ¡Largo, largo de aquí las dos!

La Marival.—¡Vaya, a ver qué hacemos, que es que están solos los medidores!

La María.—¡Pues andando! Dejarme a mí sola, que más quiero estar sola que no con vosotras. ¡Hale!

La Marival.—¡Ay que ver!...

La Gora.—¡Es que tienes unos prontos!...

(Y salen la Gora y la Marival, a punto que llega de la calle El Pirili, *y se queda en el umbral de la puerta hasta que*

la Gora y la Marival desaparecen. Luego avanza un poco; ha bla. La María, que está de espaldas a la puerta, se vuelv rápidamente al oír la voz de Pirili.)

EL PIRILI.—¡Ave María!

LA MARÍA.—¿Quién es? *(Transición.)* ¡Ah, tú!...

EL PIRILI.—A ver...

LA MARÍA.—¿Y a qué vienes tú a mi casa?

EL PIRILI.—Yo no vengo a tu casa. Vengo a casa de Martín

LA MARÍA.—Bueno, ¿pero a qué?

EL PIRILI.—Pues a buscar al Martín.

LA MARÍA.—Pues no está el Martín.

EL PIRILI.—Pues me choca.

LA MARÍA.—Pues no está... *(Pausa.)* Ya te he dicho qu no está.

EL PIRILI.—Y yo te he dicho que me choca.

LA MARÍA.—¿Y por qué te choca?

EL PIRILI.—Porque quedemos en que me pasaría por aqu para recogerle.

LA MARÍA.—Mira qué bien que el diablo sos recogiese los dos.

EL PIRILI.—Bueno, yo no te he dicho más que me choca

LA MARÍA.—Y a mí me choca que tengas tú cara para po nerte delante de mí, y más entoavía delante de él.

EL PIRILI.—¡Hombre, eso...!

LA MARÍA.—¡Anda de ahí, asqueroso!

EL PIRILI.—¡Bueno!

LA MARÍA.—Es que hace falta ser lo mal hombre que eres tú, para hacer lo que haces tú.

EL PIRILI.—¿Yo?... ¿Qué he hecho yo?

LA MARÍA.—Ahora tanto, que no te puedes separar de él Que por la mañana, que por la tarde; que el Martín y e Martín siempre. ¿Y no te se cae la cara de vergüenza, ladrón

EL PIRILI.—¿A mí?... Pues ¿y eso?

LA MARÍA.—*(Irónica.)* ¿Qué, le has dicho al Martín que andaste rondándome? ¿Se lo has dicho?... ¡Díselo, hombre díselo!

EL PIRILI.—Amos, eso de sacar eso ahora, me parece a mí que...

LA MARÍA.—¡Pues ahora! ¡Natural! ¡Díselo, o róndame otra vez, guapo!

EL PIRILI.—¡Pero mujer!... Pues anda...

LA MARÍA.—¿Ahora no, verdad?... ¡Porque ahora no estoy sola! ¡Ahora tendrías que partirte la cara con el Martín!

EL PIRILI.—¡Amos, cállate!

La María.—¡Claro! No es que al Martín le dé yo cuidao. Pero por el aquel de la gente...

El Pirili.—¡Ay que ver, las cosas que dices!

La María.—¡La verdad! Ahora no te atreves porque le tienes miedo al Martín. ¡Porque eres un cobarde!

El Pirili.—¡María!

(El Pirili se muerde los labios de rabia; los ojos, dilatadísimos, parece que van a salirse de las órbitas, lanzados hacia la cara de la María como una suprema agresión. Una pausa llena de violencia. Por el portón, entreabierto, que descubre el paisaje empapado en lluvia, parece que invade la cocina toda la angustiosa pesadumbre invernal del pueblecito.)

La María.—¡Claro!... O porque vas a sacarle algunas onzas del cinto. ¡Si aquí nos conocemos todos!

El Pirili.—¡Cabal! Nos conocemos todos.

La María.—¡Todos!

El Pirili.—¡Por eso!

La María.—Por eso, ¿qué?

(Pausa. Transición.)

El Pirili.—Mira, María, amos a callarnos, que más vale.

La María.—¿Qué dices?

El Pirili.—Digo que si hice lo que hice, fué porque te tenía ley y te tengo ley siempre.

La María.—¡Ay, qué risa!

El Pirili.—Bueno. Ríete, si tienes gana; pero eso es la verdad.

La María.—Ley, tenla a las mozas, o a las viudas, si quieres tenérsela.

El Pirili.—Es que como el Martín no venía...

La María.—Y eso, ¿qué?

El Pirili.—Y ya sabes que se dijo que si no pensaba de venir más.

La María.—Y eso, ¿qué?

El Pirili.—¡Pues eso!...

La María.—¡Pamemas! Es que habrás ido y habrás pensado, y te dijistes: "Ahora que la María está sola... Esta mujer tiene unos miles de reales en el arca, y yo puedo vivir sin trabajar, a poco tonta que sea."

El Pirili.—¡María!

La María.—¡Eso! Porque así piensan los granujas como tú.

El Pirili.—¡Qué granuja ni qué porra!... Que ya me canso. ¿Es que quieres presumir conmigo?

La María.—Contigo y con todos.

El Pirili.—Con todos, no.

La María.—¿Cómo que?

El Pirili.—Que con todos, no. Que a mí no me se ha o vidado de cuando te fuiste a Valladolid.

La María.—¿Qué dices?

El Pirili.—La verdad. ¿O es que te se figura que soy y tonto? ¿O es que te se figura que no sé yo por qué te fuiste a Valladolid?... Y más cosas.

La María.—¡Anda d'ahí, deslenguao! ¡Granuja! A mí na die me ha puesto la mano encima, ¿te enteras? ¡Nadie, bribón

El Pirili.—¡Anda!... ¡Y ahora mismo! ¡Pues sí que n se habla!

La María.—¿Qué se habla? ¡Dilo, que te arranco la lengu aunque me envenene la mano!

El Pirili.—Bueno... ¡Ya lo sabes tú!

La María.—¡Ladrón!

(Una pausa muy larga. La María mira al Pirili como s quisiera matarle con la mirada. Luego, lentamente, cambi de actitud y se desploma en una silla y hunde la cabeza e las palmas de las manos.)

El Pirili.—¡Anda!... ¡Pues bueno!

(Otra pausa llena de embarazo, y después aparece en el um bral de la puerta del foro El Amaro, *que, sorprendidísimo d ver allí al Pirili y de la actitud de la María, no acierta qu hacer.)*

El Amaro.—Ave María...

La María.—*(Recobra su fiereza. Yérguese como una leona y se dirige al Pirili, amenazante.)* ¡Anda, vete ya! ¡Busca al Martín en otra parte!... ¡Vete, mal hombre!... ¡Mira que te mato! ¡Que no sabes tú lo que es una mujer! ¡Te mato, asqueroso!

(Una pausa violentísima. El Pirili, cobardón y naturalmente rencoroso, mira de través al Amaro, sobre el que deja caer silenciosamente todo el veneno de su indignación; y es que la llegada del Amaro estorba su resolución y coarta su actitud. La María, para quien las palabras del Pirili han sido como acusaciones de sus recuerdos, cae en un hondo abatimiento después de aquella brava actitud momentánea en la que ha sobrepasado su indignación a su dolor de corazón. El Amaro, como queriendo cubrir con su cuerpo hasta la propia historia de la María, se interpone entre ella y el Pirili y le mira como un juez y como un bravo: altivo y grave.)

El Pirili.—¡Hale!... Con Dios. Quedarse ahí. Y dígale usted lo que sea, señor Amaro, aunque lo que sea... sea.

El Amaro.—¿Sea qué?

El Pirili.—¡Vaya!... Algo de eso que hay que decir cuando no lo oye nadie.

La María.—¡Vete, vete!

El Amaro.—¡Tú eres un granuja, Pirili! ¡Tú eres un mal ombre!

El Pirili.—¡Ca! Esas son cosas de la María.

La María.—¡Largo, te digo!

El Pirili.—¡Me voy!... ¡Pues claro que me voy! Pero, por tas, que me las pagas, chica. ¡Alcuérdate!...

El Amaro.—Miá que estás ya calentándome mucho y te oy a dar un banquetazo, y...

(Y, en efecto, levanta en alto una banqueta y se dirige al irili. La María se interpone.)

La María.—¡Quieto! A ése, hay que esperar a que se arras- e y aplastarle con el pie como a una salamanquesa.

El Pirili.—¡Qué risa!... ¡Con el pie! ¿Tú? ¿Vas a ser tú? ¡A er si tropiezas, chacha!... Una miaja de tranquilidad, señor maro... ¡Con el pie!... Bueno.

(Ríe. Sale volviendo la cabeza cínicamente hacia el grupo ue forman la María y el Amaro, que intenta avanzar. Y el irili desaparece. La María da un gran suspiro. Pausa. El maro recobra su buen juicio lentamente, después de haber isto alejarse al Pirili.)

El Amaro.—¡Amos, si te digo!...

La María.—¡Santísima Virgen!

(Pausa.)

El Amaro.—Déjale, mujer... Y di...

La María.—Si no sé... Si me puede ese bribón... Si se me arte la cabeza.

El Amaro.—Cálmate, mujer, que ya veremos...

La María.—¡Si es que no puedo más, Señor!

El Amaro.—¡Animo, qué porra!

(Transición.)

La María.—Pero ¿es que no ha oído usted a ese pillo?

El Amaro.—Sí que le he oído.

La María.—¿Es que no le ha oído usted?

El Amaro.—Que sí, mujer.

La María.—¡Vamos!... Que si estuve en Valladolid, que si abe por qué estuve en Valladolid... ¡Y ya voy estando yo asta el moño de esta gentuza! ¡Si lo sabe, mejor!

El Amaro.—¡Cállate, loba!

La María.—¿También usted?

El Amaro.—Mira, María... A las veces hay que callar aun- ue se muera uno. Después de todo, más vale que no se mien- e nada de Valladolid... Y ahora más. Después de todo, el Martín es tu marido, y el Martín puede enterarse, y aunque

no sea más que por el aquel de la gente... ¡Amos, que es m jor callar!

La María.—¿Y es usted quien me habla de esa conformida

El Amaro.—Yo soy. Y por lo mismo que soy yo para como soy, te lo digo.

(En este punto se alza del fondo de la cocina la voz gra y remota de El Abuelo.)

El Abuelo.—Dios te pague la buena obra, Amaro. Y ó lo tú, María, como si me oyeras a mí, ya que a mí casi puedes oírme ya. Pues ahora quiero que me oigas, aunq sólo sea por esta vez: No seas orgullosa con nadie, chic Mira que Dios tiene que perdonarnos a todos, porque tod hemos caído en culpa. Mira que a Dios no se le engaña, chic

La María.—¡Padre!

El Amaro.—*(A la María, enérgicamente.)* ¡Cállate!

El Abuelo.—¡Vaya! Tiene razón Amaro; ¿cómo vas a alz la frente, si tiene razón?... ¿Que no fué con él? ¡Pues fu con otro!... ¿Que el Martín no lo sabe? ¡Pues lo sabe Dios ¡Cállate, chica, y no seas orgullosa, te digo, que aunque marchases de nosotros huyendo de la gente, ya ves tú cóm hay gente que, a lo que se ve, andó tras de ti!

(Hay un gran silencio, como si las palabras del Abuelo h biesen hecho enmudecer a la María y al Amaro.)

El Amaro.—Tiene razón tu padre, chica; la verdad.

La María.—Pero es que...

El Amaro.—¡Y tanto que la tiene!

La María.—Es que se dice muy bien eso. Es que yo no s cómo hay madres por ahí que... ¡Vamos!...

El Amaro.—Claro que sí que las hay... ¡Malas como p rras! Pero, ¡caray!, es que tú...

La María.—¿Pues qué? Se da la cara al mundo, si llega caso de dar la cara. ¿Que se me pone la cosa mal? ¡Pues ar dando!... ¡Será lo que quiera Dios! Tiro de la manta, y ech mundo alante a pagar mis culpas, para que Dios, nuest Señor, me las perdone. Y diré a Dios Nuestro Señor: Seño mío Jesucristo, dime si es pecado mortal el querer como nuestra sangre a los hijos de nuestra sangre. Padre nuestr que estás en los Cielos; tú, que lo sabes todo, sabes cómo m abandonó Martín y que se fué a aquellas tierras de Indias y que no supe de sus huesos; y que nació el hijo nuestro, que no supo de su padre. Y que volvió, Dios mío, y que l perdoné, porque perdonando las injurias se gana la gloria Y que otra vez me abandonó... Y que otra vez me vi sola y que te llevaste, Dios mío, a mi Chomín y que nació mi Ma rival. Mi Marival, que fué como una bendición de la Virge

e nuestro pueblo... ¡Pobre Virgencita! Sola, en la miseria e su santuario de junto al río. ¡Pobre Virgencita, que ve, omo todos los pobres, que a su casa no va la gente y que s paredes de su casa se derrumban, como mi vida!... Dios salve, María, y que me salve a mí. Ruega por nosotros, ecadores... Tú sabes que te pedí cada día "no me dejes caer n la tentación", cuando, abandonada de todos, pasó por mi ida aquel hombre como un viajero maldito... Y me llevó a condenación del pecado más grande... Y, dejando aquí a i Chomín bajo la tierra santa y a mi Marival bajo el amaro de tus bendiciones, me marché. Es verdad... Y volví con i Ramón... Porque así es mi vida: que está llena de somras como fantasmas... Pero ruega por nosotros. Ruega por osotros, Reina y Madre: por mí; por mis hijos, cachos de i vida envenenada; por cuantos han pasado por ella. Pero e sabido vencerme y resignarme y poner los ojos en ti, Mare mía. Y te digo: "Hágase tu voluntad, así en la tierra omo en el cielo." ¡Pero en el cielo, con mis hijos, Reina y adre!... ¡Madre también! ¡Madre de misericordia!

(Una pausa.)

EL AMARO.—Mira, María, calla, que se me queda el cielo la boca seco; seco, como si andase por las eras.

LA MARÍA.—Nada... Si no es nada... ¡Ya me he callao!

EL AMARO.—Pero, ¡caray!, que al cabo, Martín es tu mari, y ahora hay que buscar la paz. Y Martín...

LA MARÍA.—Pero ¿es que hubiera pasado lo que pasó, si no me va? ¡Pues qué!... ¿Es que puede dejarse abandonada una mujer, como era yo antaño, pretendida, como estaba retendida?... ¡Pues qué! ¿No va una a revolverse cuando se desprecia?... "Esto que tú tratas a patadas hay quien lo ondría en un altar." ¡Señor Amaro, ni siendo santa!

EL AMARO.—Si yo no te digo... Pero es que la vida es omo es.

LA MARÍA.—¡Claro!...

EL AMARO.—Es como es, y no sirve darle vueltas.

LA MARÍA.—¡Pues, bueno, a eso voy!

EL AMARO.—Tú dirás.

LA MARÍA.—Y pa eso le he llamao a usted. Mire usted, se or Amaro, yo he sido para mis hijos una madre como Dios anda que sean las madres.

EL AMARO.—Verdad.

LA MARÍA.—Para mí no ha habido en el mundo nada por ma de ellos, ¿verdad?

EL AMARO.—Verdad.

LA MARÍA.—Mi chica y nada más que mi chica dentro de

casa. Y quería yo que Ramón... *(Y rápidamente baja el ton de la voz, como en una confidencia, y habla muy cerca de Amaro, como temerosa de ser oída de algún extraño.)* Y quería que Ramón estuviera también cerca de mí...

El Amaro.—Y ya lo está, mujer; ya lo sabes que está... En mi casa, como en tu casa. Y aunque no tenga padre, le quiero yo como a un hijo, que diez y ocho años al lado de uno no son un día ni dos.

La María.—Pues eso... ¿Y sabe usté lo que hay que hace aquí?

El Amaro.—Tú dirás...

La María.—Pues aquí no hay más que agarrarme yo las en trañas y retorcérmelas, que para eso soy quien debo pasarlo Quiere decirse, que he determinao cortar por lo sano y pone tierra de por medio, y morirme de pena, y que Dios m perdone.

El Amaro.—¿Irnos, dices?

La María.—Irse, señor Amaro; irse, ¡y pronto! Mañan mismo, si hay proporción de que sea mañana.

El Amaro.—Pero mujer, ¿mañana?

La María.—¡Mañana! ¡Hoy! Que no se vean más. Que enemigo ya ve usté lo que hace. ¡Ay, señor Amaro! ¡Quié iba a pensarse que pasara lo que pasa! ¡Ay, señor Amaro Que yo quise que se quisieran como no podían quererse, por yo quererlo se quieren en pecado mortal. ¡Ay, señor Amaro! Que me ha abandonado Dios.

El Amaro.—¡Qué va a abandonarnos Dios, mujer! Si Dios nos ayudará entodavía para salir con bien... ¿Pues no ha de ayudarnos Dios? ¡Ea! Nos iremos.

La María.—Pero muy pronto, ¿eh? ¡Que mire usted que so capaz de no sé qué disparate! ¡Que mire usté que yo no puedo ser consentidora de este horror! ¡Que mire usté que me mata la pena!

El Amaro.—Nos mata a todos; que no parece sino que anda el infierno en todas estas cosas.

La María.—Como que anda, señor Amaro.

El Amaro.—A ver ahora qué dice el chico...

La María.—¿Pues, y eso?

El Amaro.—Nada. Que es un querer muy arraigao su que rer... Que no es cosa de broma...

La María.—¡Bendito y alabado sea Dios!

El Amaro.—Que ya le he dicho yo algo del asunto en cuan llegamos a casa, y rompió a llorar como un crío y le ent una congoja que era una compasión...

La María.—¿Y cómo yo no vi que podía pasar esto? ¿Y cón

les puse yo tan cerca? ¿Y cómo voy a borrar este pecado mortal de mi vida, Señor?

EL AMARO.—¡Anda! ¿Pues te parece poco lo que lloras? ¡Si se me aprieta a mí el corazón de verte!

LA MARÍA.—¡Ea! Que haga Dios de mí lo que deba hacer.

EL AMARO.—¡Pobre!

LA MARÍA.—¡Pa eso hice lo que hice!

EL AMARO.—¡Calla, mujer!

LA MARÍA.—Usted arregla lo que sea y andando. Y Dios le pague la buena obra. No sé si hay algo para pagarle ya... ¡Que hay que ver!

EL AMARO.—¡Calla! Bien pagado quedo. Ya ves tú: estoy contento de mí. ¿Qué más?

LA MARÍA.—¡Qué bueno es usted, señor Amaro!

EL AMARO.—Puede...

(Sale LA GORA *un poco más rápida que de costumbre. Muy poco más. Se dirige a la María y le habla, interrumpiendo al señor Amaro.)*

LA GORA.—Oye, María. Que por la calleja viene Martín con el Pirili..., y a lo mejor...

LA MARÍA.—Venga usté p'allá, señor Amaro.

EL AMARO.—¿No has acabao entoavía?

LA MARÍA.—Entoavía no. Gora, ven.... ¿Se han ido ya los medidores?

LA GORA.—Están ayudando a cargar. Pero es que no parece la llave de la corrala.

LA MARÍA.—Búscala, chica.

(La Gora, la María y el señor Amaro hacen mutis. Aparecen EL MARTÍN *y* EL PIRILI, *que se detienen en el dintel de la puerta.)*

EL PIRILI.—Que no entro, Martín, que no.

EL MARTÍN.—Pues aquí no están.

EL PIRILI.—Pues aquí los he dejao. Te digo que aquí los he dejao.

EL MARTÍN.—Entra. Es que me has puesto una sangre...

EL PIRILI.—Tú te la pones. Yo te digo lo que te digo porque te aprecio. Y los amigos han de ser así. Aquí pasa... Pues ya sabes lo que pasa. Y ahora, allá tú. Y no te creas que esto es cosa mía.

EL MARTÍN.—¡Hombre!...

EL PIRILI.—Es la de todos...

EL MARTÍN.—¡Pirili!

EL PIRILI.—Ni más ni menos. La de todos. En los pueblos..., ya se sabe: too se sabe. ¡Todo! Y eso... se sabe.

EL MARTÍN.—¡Cállate! Que estoy que no sé lo que me pasa, y malo será...; malo será... ¡Por eso no te quiere bien!

El Pirili.—No; no me quiere bien.

El Martín.—Por eso. Porque sabe que eres mi amigo, y que no puedes pasar por que yo esté ignorante de esa vergüenza.

El Pirili.—La verdad es que...

El Martín.—Se puede no querer a la mujer de uno; pero se puede no pensar mal de ella.

El Pirili.—¡Natural!

El Martín.—Pues ya ves. Mal hacía yo en pensar bien; pero bien mal me lo paga.

El Pirili.—Mal, mal.

(Sale La Marival, *decidida, rápida.)*

La Marival.—Yo la dejé aquí... ¡Ole, padre!

El Martín.—¡Ole!

El Pirili.—Yo me voy.

El Martín.—¿Qué buscas, chica?

La Marival.—La llave de la corrala. Dice la Gora que no sabe dónde la ha dejao.

El Martín.—¿Pues tanta falta hace?

La Marival.—Como falta... Pero el señor Amaro se empeña en marcharse por allí.

El Pirili.—Anda. ¿Lo ves?

El Martín.—¿Está en la corrala el Amaro?

La Marival.—El señor Amaro y madre.

El Martín.—Pues que vengan, Marival. Diles que vengan y que salgan por aquí, que es por donde han entrao. Anda, anda; diles que la llave la tengo yo.

La Marival.—Voy entonces...

El Martín.—Y si no... déjalo. Que ya vendrán ellos. Salir no pueden salir... Ya vendrán... *(Pausa. Rápidamente habla con el Pirili hasta que éste se va.)*

El Pirili.—Hasta luego, galán.

El Martín.—Anda con Dios.

El Pirili.—¡Y a ver qué haces!

El Martín.—Ya verás tú. Hoy sé yo la verdad, aunque me cueste la cabeza.

El Pirili.—¡Hombre, eso!... *(A la Marival.)* Con Dios, pitusa. *(El Pirili se va despacio, sonriente, satisfecho.)*

La Marival.—Vaya usté con Dios. *(Pausa.)*

El Martín.—Mala color tienes, hija.

La Marival.—Ya ve usté...

El Martín.—Pronto has empezao a golpes con la vida.

La Marival.—¿Yo?...

El Martín.—Tú. Ya ves... Cuando parecía que todo eran rosas...

La Marival.—Y rosas son. Punzan un poquitillo; pero ya se caerán los pinchos o ya se irá una acostumbrando, padre.

El Martín.—Pues ya ves tú qué bien... Pero aquí está tu padre pa lo que sea. Tu padre, que no sabes tú lo que te quiere, porque le has visto poco, así, cara a cara; porque te ha parecido que eso de tener el padre en Indias es como andar sin padre por el mundo, y no. Que desde las Indias, y desde donde sea, tu padre es tu padre, y tu padre ha pensao en ti cada vez que guardaba una onza en el cinto, y cada vez que veía unas arracadas, y cada vez que acariciaba a las hijas de los demás. ¡Cosas! Cosas que pasan cuando anda uno por la otra punta de la tierra: que das un beso a la pequeña de otro para que lo reciba tu hija en el pueblo. ¡Tontunas!

La Marival.—¡Vamos, padre! No se ponga usted de esa conformidad, que no parece usted mi padre. Usted no es así...

El Martín.—¿Eso te han enseñado? Pues soy así, pitusa. Y te quiero mucho, Marival. Tanto, que vas a ver tú. Lo que es como lo de Ramón no sea lo que yo me figuro—y Dios me perdone—, tú te casas con Ramón.

La Marival.—¡Padre, padre!

El Martín.—Te casas con Ramón, y tres más, nueve. *(Transición.)* Ahora, que si es que eso no puede ser... Si es que eso no puede ser...

La Marival.—Pero... ¿por qué, padre? ¿Por qué no puede ser?

El Martín.—Eso... Eso no lo sé entoavía... Pero como saberlo..., como saberlo, tengo de saberlo... *(Pausa. Transición. Se dirige hacia la puerta de la derecha.)* ¡María!... ¡María!... ¡Amos! Basta de pamemas... *(Otra pausa. Sale* La María *seguida del señor* Amaro.*)*

La María.—Aquí estoy. ¿Qué pasa?

El Martín.—¡Na! Que salieseis.

La María.—Anda con la Gora, Marival.

El Amaro.—Hola, Martín.

El Martín.—Ya me había dicho "ése" que andabas por aquí, y dije: "¡Hombre!..." Y que he venido y que aquí estoy yo también, y que me alegro la mar de veros juntos, ¡qué caray!

El Amaro.—Pues... ¿y eso, Martín?

El Amaro.—Porque calculo que andáis hablando de lo mismo que yo quiero hablar con vosotros dos.

La María.—Mala cara traes, hombre.

El Martín.—Será que tú me veas con malos ojos.

La María.—¿Yo? ¿Y por qué?

El Martín.—Tú sabrás, ¿no verdad?

El Amaro.—Yo no sé, Martín.

El Martín.—Pero eso es de material. A lo nuestro. ¡Acércate, tú! Que es cosa de los tres.

La María.—Habla, hombre, habla.

El Martín.—Sentarsos, que el negocio merece la pena de tomarlo con calma.

El Amaro.—Me pones en cuidao, hombre.

El Martín.—No te dé cuidao.

La María.—*(Aparte al señor Amaro.)* Señor Amaro, tengo miedo.

El Amaro.—*(Aparte a la María.)* ¡Vamos, calla, mujer! *(Lentamente arrastran unas sillas hasta ponerlas juntas en un grupo. Se sientan. Pausa.)* Pues tú dirás.

El Martín.—Pues digo que a ver si hablamos un ratete de Ramón. ¿Sus parece? *(Irónico.)*

El Amaro.—A mí...

La María.—A mí...

El Martín.—Pues andando, galana. Ya sabes que el Ramón es un mozo cabal y que el Ramón habla con la chica...

La María.—*(Exaltadísima.)* ¡Mentira!

El Martín.—*(Fríamente.)* Habla con la chica...

La María.—¡Bueno!

El Martín.—Y como yo soy gustoso, y aquí, Amaro, es como aquel que dice, el padre del Ramón, ¿no?...

El Amaro.—Como aquel que dice.

El Martín.—Pues eso. Que mejor ocasión no la pintan pintores. Conque... Yo gustoso y gustoso también tú, pues, arreglaos. El Ramón se casa con nuestra chica o nuestra chica se casa con el Ramón, como queráis.

La María.—Es que...

El Martín.—El Ramón se casa con la chica, digo. Porque yo soy gustoso y san se acabó. ¿Está esto claro? Pues ya lo creo que se casan. Se casarán, María, se casarán. ¿Oyes?... Y esto es lo que sos tenía que decir. ¡Ea!

La María.—Y yo ya he dicho todo lo que tenía que decir también. Y a mí no me apea de mi burro ni tú ni nadie. ¿Lo oyes? Ni tú ni nadie.

El Martín.—¿Pues sabes lo que te digo yo ahora? Que aquí no hay más amo que yo. ¿Te enteras? Y que soy yo el padre de la chica, ¿sabes? Y que la chica quiere al Ramón, y que yo soy gustoso y se casarán, y tres más, nueve. ¿Has oído?

La María.—¡Martín!

El Martín.—Ahora lo quiero más que antes. Y ahora te digo que esta boda la arreglo yo en dos patadas. ¿No hablo bien, Amaro?

El Amaro.—Eso... Aquí la María...

El Martín.—¿Y por qué la María, contra?

El Amaro.—¡Hombre, yo!

El Martín.—¿Es que por si acaso yo no pinto nada?

La María.—¡Nada, nada!

El Martín.—¿Cómo que nada? ¡Pues hombre!

La María.—¡Te digo que nada! Anda a las Indias, que es donde te has pasao las horas muertas sin alcordarte de aquí para maldito de Dios la cosa. ¡En mi hija mando yo, y nadie más que yo! ¡Y te digo que no se casa! Como ahora se lo decía al señor Amaro; como se lo diría a mi padre si viviera... *(Transición.)* ¡Bueno! Ya sabes tú lo que quiero decir, padre. ¡Pobre abuelo! *(Y mira dulcemente hacia el rincón donde el Abuelo permanece como ajeno al mundo.)* ¡Casarse! ¡Qué va, hombre, qué va! ¡Que no!

El Martín.—Pues se casarán, te digo.

El Amaro.—Vamos...

La María.—¡Pues no se casará! Como no me mates a mí primero, y matarme no vas a poder... ¡Anda! ¡Prueba!

El Amaro.—¡Vaya! ¿Qué es esto?

El Martín.—Así ¡Así quería yo verte! ¡Brava! No quieres que se casen, ¿verdad?

La María.—¡No! ¡No quiero! ¿Lo oyes? ¡No quiero!

El Martín.—¿Y por qué? *(Pausa.)* ¡Eso no lo dices! ¿A que no lo dices? ¿Y a que tú tampoco lo dices?

El Amaro.—¡Hombre! Eso... Yo no sé.

El Martín.—Pues yo sí lo sé.

La María.—¿Tú?

El Martín.—¡Yo!

La María.—¡Puede!

El Martín.—¡Y tanto!

La María.—¡Pues dilo!

El Martín.—¡A ver!

El Amaro.—No querrá...

El Martín.—No querrá, porque el Ramón... ¡Amos! Si le digo a usté que hay cosas... Porque el Ramón le quieres para ti.

La María.—*(Da un grito horrible.)* ¡Ah! ¿Qué dices, di? ¿Qué dices?

El Martín.—Lo que dice todo el mundo. ¿O es que te figuras que no tengo yo amigos que me quieren bien? ¡Lo que dice todo el mundo! Que no quieres que tu hija te lo quite. ¡Perra!

La María.—¡Calla, ladrón! ¿Oye usted, señor Amaro? ¡Mal hombre! ¡Mátame! ¡Anda, mátame; pero calla! ¡Ladrón!

El Amaro.—¡Ea! Vamos, Martín ¡Que eso no se dice! ¡Que eso está muy mal!

El Martín.—¿Y tú qué vas a decir?

El Amaro.—Yo digo que eso no se dice a una mujer. Yo digo que no tienes razón.

El Martín.—¿Y tú por qué lo dices? Porque te tiene cuenta ¡Porque eres consentidor!

El Amaro.—*(Muy exaltado.)* Martín... Que vas a perderme... Lo digo porque es la verdad.

La María.—¡Vete! ¡Vete!

El Martín.—Pero si se dice a voces: "Que si el reló de la madrina; que si los anillos de la madrina; que si este traje me lo regaló la madrina." Y el Martín por los suelos, y el Martín en lenguas, y el Martín lleno de basura. Y ahora que la madrina, ¡la madrina!, que la madrina le traiga aquí, a su propia casa, y se lo robe a su hija. Y llenes la casa de maldiciones. *(La María, horrorizada, corre la cortina de cretona de la puerta por donde se fué la Marival, como si de este modo quisiera alejarla.)*

La María.—¡Calla, te digo! Calla, bribón. Que eso lo harán las mujeres de las tierras esas por donde andas tú. ¡Y tampoco! Las de otros laos... Las de por allí son como nosotras, que dicen que de aquí salieron sus madres, ¿verdad? ¡Calla! Que ya no te acuerdas de que eres castellano y de que soy castellana. Y aquí no pasan esas cosas, porque hemos aprendido de chiquitinas cómo se muere de vergüenza, aunque tú lo haigas olvidao al salir de aquí. Aquí da la cara hasta el vino. Aquí no hay sombras ni en el campo. Mira pa afuera. ¿Lo ves? Pues así soy yo, que estoy acostumbrada a mirar al sol sin bajar los ojos. Mírame tú también a los ojos, si quieres; porque en mis ojos está la verdad. Y dime todo lo que te s'antoje. ¡Todo! Pero no me injuries así, creyéndome capaz de hacer daño a mi hija, ¡a la hija de mis entrañas! No, mal hombre, no. Mi Marival es para mí más que mi vida, más que mi sangre. Pero... tú... ¡Tú no sabes de esto! *(Transición.)* ¡Puaf! *(Hace un gesto de asco.)* ¡Me das asco! ¡Eres un bicho!

El Martín.—Calla, o te mato. *(Va hacia ella.)*

El Amaro.—¡Martín! *(Se interpone. Pausa. Se oye la voz débil del Abuelo, que reza en el silencio.)*

El Abuelo.—"...Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos."

El Martín.—¡Se acabó! Me voy. Me vuelvo allá, al otro lado del mundo, donde no me acosen estas vergüenzas... Pero, óyelo bien. Me llevo a mi hija. ¿Te enteras? La chica conmigo. Y allá veremos...

La María.—¡Ca! ¡Eso sí que no! ¿Separarme tú de mi Marival? Ni lo sueñes. ¡Que no! ¡Vete! ¡Pero tú solo! Te vas solo, te digo, o te llevas a ese otro bribón. Y entérate de lo que te digo: ése, sí; ése sí que me cortejó. Y le escupí a la

cara. ¿Lo oyes? No por ti. ¡Porque por ti! Por mí. ¡Pues claro! Tú sabrás lo que te ha dicho ahora.

EL MARTÍN.—¡Amos, calla!

LA MARÍA.—¡Ya lo sabes! Tu amigote, sí. ¡Anda, bribón! ¡Si sois iguales! Si es tan granuja como tú.

EL MARTÍN.—¡María!

EL AMARO.—¡Quieto te digo!

EL MARTÍN.—Y tú, ¿qué pintas aquí?

EL AMARO.—Lo que sea. *(Bravamente.)*

EL MARTÍN.—¡Bah! Otro que tal.

EL MARTÍN.—Quedarsos ahí los dos... o los tres, que ya avisará aquí, el amigo, al mozo cuando sea. ¡Perdida! Que tíes de morirte de remordimiento. ¡Andando! A mí no me ves tú más. ¡Anda! Que venga el Ramón. ¡Mira no seas tú la que te buscas! ¡Anda! Di a tu hija que le quieres pa ti. ¡Arrastrá por las calles te has de ver! ¡A mí no me ves más! ¡Por éstas! *(Se lo jura y sale. En este punto aparece* LA GORA. *Conduce a la Marival casi desmayada. Se derrumba en una silla. Dobla la cintura. Desploma el busto sobre la mesa. La María acude a ella como loca.)*

LA MARIVAL.—¡Madre! ¡Madre!

LA MARÍA.—¡Hija! ¡Hija mía!

LA GORA.—¡Chica! ¡Pero chica!

LA MARÍA.—¡Gora! ¿Qué es eso? ¡Hija mía!

LA GORA.—Lo ha oído tó.

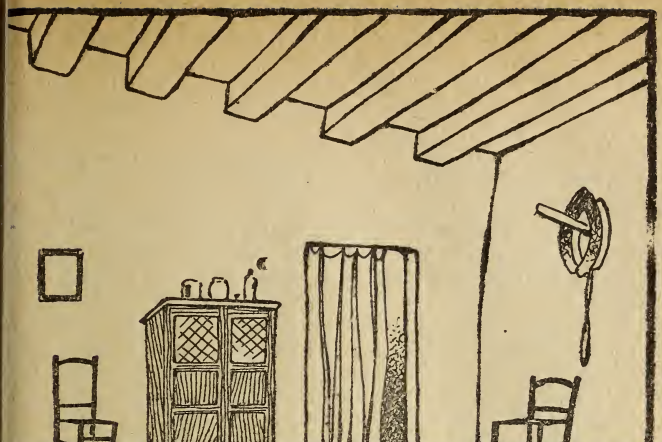
EL AMARO.—¡Maldito sea!

LA MARÍA.—¡Hija mía! ¡Oye! ¡Escucha! ¡Maldito sea su corazón! ¡Perro! ¡Así lo abrase una centella! ¡Así Dios abra la tierra bajo sus pies! ¡Así se condene su alma para toda la eternidad! ¡Hiena! Que es una hiena. ¡Hija mía! ¡Hija de mi corazón! ¡Marival! ¡Marival! ¡Hija de mi vida!

(La María grita horrorizada. Besa a su hija frenéticamente. Se nubla el sol. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO



l día siguiente. Agoniza la tarde. Una tarde de invierno; una tarde uel, empapada de lluvia y llena de los quejidos del viento. Las muje- s llegan de la calle sacudiéndose las faldas y con el vuelo del refajo bre la cabeza. Los hombres, con las manos hundidas en los bolsillos l pantalón y levantado el cuello de la chaqueta, y la gorra encasque- da hasta las orejas, y encogidos como perros. Se sientan bajo la cam- na del hogar, en el que crepitan los sarmientos. Y hunden los ies, calzados de recios zapatones, en el estiércol que rodea la lum- re. La luz es gris, fría y opaca; y toda la cocina, llena de humo, arece envuelta en una nube, sobre cuyo fondo es aún más venerable más mística, y más dolorosa, la inmovilidad del señor GINÉS, el abue- . Están cerrados el portón y los postiguillos de la ventana. Y en- ndidos dos candiles que se balancean en el borde de la campana de la cocina.

(En torno al fuego del hogar conversan la María, la Jero- ia, la Señanica y la Gala. Esta última es una mujer cuaren- ona, parlanchina, deslenguada y malévola. Está allí, como en odas partes, porque dedica todas las horas del día a husmear cuanto no le importa. Donde esté la Gala es que ha ocu- rido algo fuera de lo corriente. La Señanica, no; la Señani- a es una mujer vieja, todo buena fe y comprensión y bene-

volencia. El Abuelo permanece en su sitio con su eterna ri dez inconmovible. Cada día se parece más a un muerto o a santo de talla, uno de esos santos siniestros y borrosos de l iglesias lugareñas, y, como a esos santos, nadie le mira.)

LA GALA.—Pues lo que oyes. Que a mí si no me lo dice sacristana, pues... ¡ve ahí!

LA JEROMA.—¡Si esto ya se veía de venir. ¡Si hay que ver que era ese hombre!

LA SEÑANICA.—¡Como todos, mujer!

LA GALA.—Tamién es verdad. Ya se conoce que hace much años que enviudó usted, Señanica. Ya s'ha olvidao lo que so

LA SEÑANICA.—No, Gala, no. Los hay malos y los hay bu nos, y...

LA MARÍA.—¡Qué ha de haber, Señanica; qué ha de haberl buenos! Sobre que Martín es peor que todos juntos. Porq por malo que sea un hombre, mira por sus hijos, que, al fi son carne de su carne de uno, y quererlos mal es lo misn que no quererse bien a sigo mismo. Pues ahí le tiene ust que sabiendo lo que es la criatura la da un disgusto que ¡ ven ustedes!... ¡Si ha perdido carnes en un día! ¡Si yo no qué es esto, ni nadie lo sabe, ni el medico mismo, qué contr ¡Como que no ha puesto receta ninguna!

LA GALA.—¡Eso puede que sea un bien!..

LA SEÑANICA.—¡Mía ésta ahora!

LA JEROMA.—Tú no t'aflijas, chica, que la criatura es u criatura, y está más sanota que una manzana y no hay m que pueda con la salud.

LA GALA.—¡A ver!

LA JEROMA.—Es que te pones de una conformidad...

LA SEÑANICA.—¡Amos, María!

LA MARÍA.—¡Pero a ustés les parece! Vengan cuidaos y ve gan finezas, cuando debía haberle cachado los sesos con u canto. ¡A ustés les parece! ¡Anda, arrastrao, perro!... *(Y e tiende hacia la puerta del foro los brazos con los puños c rrados como si amenazase aún a Martín.)*

LA JEROMA.—¡Sí, ya verás cómo vuelve! ¡Pues no tiene volver!

LA GALA.—¡Eso de que vuelve!....

LA SEÑANICA.—¿Y qué sabes tú? ¡Pues claro que volver ¡A ver! ¡Es ley de Dios!

LA GALA.—¿Qué sé yo? Pues sé que el ordinario le vió en estación y tomar el tren cuando él venía. Y me parece a n que el ordinario...

LA JEROMA.—¿Y estaba solo?

La Gala.—Estaba con el Pirili, que a la cuenta se iba con Martín, para que sus enteréis. ¿Te enteras?

La María.—¡Anda y que se los lleve la trampa a los dos, que tan bueno es Juan como Pedro! ¡Anda y permita la Santísima Virgen que no aporten más por aquí ni vivos ni muertos!

La Gala.—Mujer, muertos no vendrán.

La Jeroma.—¡Quién sabe! Que los hay tan malos que vuelven de los infiernos.

La Gala.—¡Jesús!

La Señanica.—¡Pero María!... ¡Pero mujer!...

La María.—Déjeme usted a mí que llore y que reviente de rabia! *(Aparece* La Gora. *Se dirige a la María y la dice.)*

La Gora.—Tú, María, que la Marival te llama.

La María.—¡Voy!... ¡Voy, voy, hija! *(Y desaparece a prisa, ansiosa de llegar pronto al lado de la Marival. Como siempre, ha vencido la dulzura de la maternidad a todos los rencores de aquella tormenta. La Gora la sigue en silencio, lentamente. Pausa.)*

La Gala.—Si te digo que...

La Señanica.—¡Madraza, madraza!

La Gala.—Como cada cual.

La Jeroma.—Lo que es eso... ¡Hay cada madre y cada padre por ahí!...

La Gala.—¡Mujer!... Yo digo entre la gente como es debido.

La Señanica.—Ahí tienes a Martín.

La Gala.—Es que Martín no es como es debido.

La Jeroma.—Eso sí.

La Gala.—Por supuesto, que vete tú a saber... ¡Es que también!...

La Señanica.—Amos... No seas tú...

La Jeroma.—¡Lo que es si a ti te dejaran!... ¡Tienes una lengua!...

La Señanica.—¡Ya, ya!

La Gala.—¡Qué lengua! La de to el mundo.

La Jeroma.—El agüelo, mujer. *(Y señala al señor Ginés. Bajan la voz las tres mujeres y aproximan las cabezas y cuchichean.)*

La Señanica.—Gracias que está el pobre más sordo...

La Gala.—Sus digo que por todas partes se dice el mismo romance.

La Señanica.—¿Vas a hacer caso de la gente?

La Gala.—Es que no es una tonta, Señanica.

La Jeroma.—¡Qué sé yo!

La Gala.—¿Quién le ha feriao a Ramón la leontina de oro

La Jeroma.—¡La María!

La Señanica.—¿Y eso, qué?

La Gala.—¿Cómo qué? Pues eso.

La Señanica.—¡Bah!

La Jeroma.—Es su madrina.

La Gala.—¿Y eso, qué?, digo yo.

La Señanica.—Pues eso... La madrina...

La Gala.—¿No dicen que ahora va a pagarle los estudios en Valladolid?

La Señanica.—¡Dicen, dicen!...

La Jeroma.—Y aunque se los pague. Como la María tiene posibles...

La Señanica.—¡Natural!

La Gala.—¿Que tiene posibles? ¿Y por qué no ayuda a nadie más que al chico, que todo se le hace poco pa él?

La Señanica.—Eso... Cada uno...

La Gala.—Es que parecen ustés bobas o quieren parecerlo.

La Señanica.—¡Miá esta!

La Jeroma.—¡Qué bobas ni qué narices! Pues mujer, si fuese una a fiarse de todo lo que se oye... ¡Vamos!

La Gala.—¡Qué de lo que se oye! ¡De lo que se ve! ¡Pues anda! ¿Pero vosotras sus habéis enterao de la que aquí se armó? ¡Pues se armó una!... Y Martín quiso matar a la María. Y el señor Amaro sacó el cuchillo. Y la María cogió la escopeta. ¿A qué vino todo eso? ¿A qué? Pues a que Martín se enteró de todo. ¡Y hay que ver, leñe! Que luego dicen que los hombres. Pero anda, que también algunas...

La Señanica.—¿Pero sacó Amaro el cuchillo?

La Jeroma.—¡Jesús, Jesús!

La Gala.—Miá tú que lo de la Marival no sea algún disparate de que le hayan herido si es que quiso poner paz...

La Señanica.—¡Anda d'ahí, que tú sí que tiras cada cuchillada con la lengua! ¡Miá tú la pobre criatura!..

La Jeroma.—Mujer, yo creo que no será...

La Señanica.—¡Qué va a ser eso! ¡Qué va a ser eso! Que la ha dao un mal porque estaba de Dios que la diera, y ni más ni menos.

La Gala.—Anda, que lo tenemos de saber. Porque si la chica se muere...

La Señanica.—¡Calla, calla!

La Gala.—Como eso de que Martín se ha marchao. ¿Pero es que sus creéis vosotras que Martín se ha marchao?

La Señanica.—¿Y por qué no ha de haberse marchao, si se está marchando siempre?

La Jeroma.—¿Pero no le ha visto el ordinario en la estación?

La Gala.—A saber si es verdad.

La Jeroma.—Pero mujer, ¿es que dudas hasta de lo que dices tú?

La Gala.—Mientras mis ojos no vean las cosas...

La Señanica.—¿Y has visto algo de lo del muchacho?

La Jeroma.—¡Eso!

La Gala.—¡Es que eso no se puede ver!

La Señanica.—Pues cállate entonces.

La Gala.—Si yo no digo nada. Pero lo que es que lo del chico..., ¡como si lo viera! *(Aparece* La María.)

La Jeroma.—¡La María!

La Señanica.—¡Callar!

La Gora.—Pasar si queréis.

La Señanica.—¿Va mejor la moza?

La Gora.—Parece que sí.

La Gala.—¡Miá que también la pobre María!...

La Señanica.—¡Qué lengua, Dios!

La Jeroma.—¡En el nombre del Padre, y cómo llueve!

La Señanica.—Una bendición pa la simienza.

La Gala.—A saber, que a lo mejor viene un pedrisco...

La Jeroma.—¡Es que si la valiera a una!... *(Entran todas en el interior de la casa. La María las sigue un momento. Pausa. En el silencio frío del instante se oyen los fragorosos mugidos del viento y el llanto de la lluvia. Aparece* El Pirili. *Cautelosamente se dirige a la puerta que conduce al interior de la casa. Mira. Rápido y siempre sigiloso va a marcharse. Y en el mismo momento regresa* La María. *Al ver al Pirili se enciende su indignación.)*

La María.—¿Qué haces tú aquí?

El Pirili.—¿Yo?

La María.—¡Tú!

El Pirili.—Pues que...

La María.—¡Vete!

El Pirili.—¡Pues anda!...

La María.—¡Vete! ¡Vete, que te mato!

El Pirili.—¡Ay que ver!

La María.—¿Te ha mandao ése que vengas a ver qué pasa? ¡Cotillo! Y luego dicen de las mujeres... ¿Te paga bien? ¡Anda, anda, mira que agarro un hacha y no sé!...

El Pirili.—Pero chica...

La María.—¡Y no sé!... ¡Que te parto! ¡Alza, alza! Dile que ya estará contento. Que la chica está en la cama. Pero muriéndonos habíamos de estar todos y sanaríamos del gusto de no

verle. ¡Ya lo sabes! Y ahora acecha desde la carretera, si e que eres mandado, como lo serás.

EL PIRILI.—Bueno, mujer; no te pongas así. Me voy. Ve nía... Venía a ver si la Marival estaba buena ya. Pero me voy

LA MARÍA.—¡Vete, sí, vete! ¡Vete, enemigo! *(Y le echa empujones, ciega de furor.)*

EL PIRILI.—¡No empujes, mujer, que ya me voy! ¡Co el pie!...

(Se va, frío, amenazador, siniestro. María se desploma so bre una silla. Un silencio. Llegan EL RAMÓN *y* EL AMARO.)

EL AMARO.—María...

EL RAMÓN.—Madrina...

LA MARÍA.—¿Eh? *(Su palabra es como una exclamación como un suspiro. Sonríe. Repentinamente transfigurada, mues tra su contento de ver a entrambos allí.)* ¡Ramón! ¡Señor Amaro!... Entrai, entrai.

EL AMARO.—Apostaría a que era el Pirili uno que andaba po ahí; pero con el agua que cae hay que esconder el morro no se ve.

EL RAMÓN.—Lo era.

LA MARÍA.—Ese bribón... ¡Anda y que reviente pronto!

EL AMARO.—¡Ojalá!

LA MARÍA.—Acercaisus a la cocina una miaja, que vení calaos...

EL AMARO.—¡Buen tiempo pa los habares!

LA MARÍA.—¡Pero Ramón! ¡Pero chico! ¡Si me parece qu hace que no te veo qué sé yo el tiempo!

EL RAMÓN.—Y a mí, madrina, que me ahogaba ya de gana de venir. Pero me dijo el señor Amaro...

LA MARÍA.—*(Transición.)* Te dijo... Y yo también tengo qu decirte. Entre usted ahí dentro, señor Amaro. Tú no, Ramón

EL RAMÓN.—Bueno...

LA MARÍA.—Tú no, que justamente es contigo con quien y tengo de hablal.

EL AMARO.—¿Cómo va la chica?

LA MARÍA.—Mejor. Está muy bien.

EL RAMÓN.—Amos, que la pobre...

EL AMARO.—¿Hay alguien?

LA MARÍA.—Está la Señanica y la Gala y la Jeroma.

EL AMARO.—Buena gente.

EL RAMÓN.—¡Tiene la Gala una lengua!...

EL AMARO.—Mu dañina. La verdad.

LA MARÍA.—Pues entre usted. Pa eso, pa que no salgan aquí Lo que voy a decir al chico no tié que oírlo nadie.

EL AMARO.—Vamos allá, y ¡bendito sea Dios! *(Entra Amaro*

Pausa. María, confusa y agitadísima, mira largamente a Ramón, que baja la cabeza.)

LA MARÍA.—Siéntate.

EL RAMÓN.—Si usted lo manda...

LA MARÍA.—Es que es largo lo que voy a decirte, galán.

EL RAMÓN.—Mejor para oírlo de pie, madrina.

LA MARÍA.—A tu gusto. *(Pausa.)*

EL RAMÓN.—Y usted, ¿no se sienta?

LA MARÍA.—Yo, sí. Ya te he dicho que es largo.

EL RAMÓN.—Pues usted dirá. *(Pausa.)*

LA MARÍA.—A eso voy. *(Pausa.)*

EL RAMÓN.—¿Tiene usted frío?

LA MARÍA.—Yo, no.

EL RAMÓN.—Me parecía que temblaba usted.

LA MARÍA.—Pero no tengo frío.

EL RAMÓN.—Me da usted miedo, madrina.

LA MARÍA.—¿Que te doy miedo?

EL RAMÓN.—Me da usted miedo.

LA MARÍA.—¿Y por qué?

EL RAMÓN.—No sé por qué.

LA MARÍA.—Pues ten calma.

EL RAMÓN.—Como usted no la tiene.

LA MARÍA.—Yo, sí.

EL RAMÓN.—A mí me parece que no.

LA MARÍA.—No te aturulles.

EL RAMÓN.—La verdad es que... que no sé si lo que me digo.

LA MARÍA.—¡Bobo! Si soy yo quien tiene que decir.

EL RAMÓN.—Pues por eso.

LA MARÍA.—¿Pero tú sabes lo que tengo yo que decir?

EL RAMÓN.—Me hago el cargo.

LA MARÍA.—No.

EL RAMÓN.—Más vale.

LA MARÍA.—No. Tú vas por otro lao.

EL RAMÓN.—Me parece a mí que es por el mismo, madrina.

LA MARÍA.—Que no, galán.

EL RAMÓN.—Pues entonces... No sé.

LA MARÍA.—No es por el mismo lao.

EL RAMÓN.—Peor que peor.

LA MARÍA.—¡Quién sabe!

EL RAMÓN.—Como ya es bastante malo el que yo ponía que fuese...

LA MARÍA.—Pué que haiga lao peor.

EL RAMÓN.—Pues ya es haber.

LA MARÍA.—Pues lo hay.

EL RAMÓN.—Por malos caminos tenemos que andar entós, madrina.

La María.—Pa mí toos fueron malos siempre.

El Ramón.—Lo mío... Lo mío es que no me cabe en la cab za que pase lo que pasa. Ya que usted supo eso..., pues m decía yo: ¿Qué pecado tienes, chico, para que la madrina t arranque del pecho lo que está en el pecho más hondo y má arraigao? ¿Qué has hecho, Ramón, para que te pase lo que t pasa? ¿Cómo es que siendo que la madrina te quiere tanto teniendo la madrina de su mano la felicidad va y te quit la felicidad? Porque esto es algo, Ramón... Y esto es algo, m drina... Pero yo no sé qué es esto. ¡Yo no sé qué es esto!

La María.—Pues verás... ¿Pero por qué no te sientas, chico ¡Siéntate ya!

El Ramón.—Mire usted, madrina... Es que no puedo. Es qu parece que tengo agujas en la sangre y que se me clavan, y. ¡que no puedo, ea! Ya ve usted. Y me se atraviesan en l garganta y me pinchan y me ahogan cuando voy a decir l que quiero decir y Dios no quiere que diga. Y nada más.

La María.—¡Pobre! *(Pausa.)*

El Ramón.—Y mire usted, madrina, la verdá... A mí me h dicho el señor Amaro que tenemos que irnos... ¡Que tenemo que irnos!... Y que tenemos que irnos porque usted lo manda y ya se sabe que cuando usted lo manda no hay más que baja la cabeza, porque para eso usted es usted, y usted sabrá po qué lo dice.

La María.—Esa es la verdad.

El Ramón.—Pues nos iremos, madrina, nos iremos, porqu usted lo manda; pero es lo mismo que si hubiera usted man dado que me quitaran la vida. A mí... y a ella.

La María.—¡Calla, calla!

El Ramón.—No me diga usted ahora que calle por Dios porque ahora paece que ya no me se clavan las palabras en la lengua. Déjeme usted que siga, por la Virgen del Val, qu después que me oiga usted, puede que le dé a usted compa sión y me deje quedarme y todo, ¡ea!

La María.—¡Pues habla, aunque cada palabra tuya me se clave a mí también! Pero en los sesos, y me quiten la vida y que sea de todos lo que quiera el Altísimo. ¡El sabrá lo que se hace!

El Ramón.—Se pone usted de una conformidad, que...

La María.—¡Sigue!... ¡Acaba!...

(Pausa.)

El Ramón.—Pues... eso... Si ya sabe usted lo que voy a de cir. ¡Eso! ¡Que la quiero... desde antes de conocerla, madri na! No me acuerdo de nada de cuando éramos unas criatu ritas, y me acuerdo de cómo era Marival y de lo que llevó puesto todos los años a la romería de la Patrona, que es su

Virgen. Y de que nunca bailó más que conmigo, y de que no quiso a ningún mozo más que a mí, y de que yo no he sabido mirar a moza ninguna como la miro a ella... Ya ve usted...

La María.—¡Pobre!

El Ramón.—Y ahora, cuando creía yo que andaba muy cerca de salirme con la mía, y la mía ya sabe usted lo que quiero decir, pues voy y me encuentro con que no puede ser y con me tengo que ir sabe Dios dónde, y todo eso. ¿A usted le parece, madrina? Si esto no es para volverse tarumba, pues usted dirá... Y esto se lo hace a uno la madrina, ¡la madrina! Como quien dice, todo lo que uno tiene. ¡Vamos, si esto no es para morirse, no sé...!

(Pausa.)

La María.—Para morirse, puede que haya cosas más negras. ¡No, si ya sé que lo tuyo es un dolor!... ¡Pero anda, tú, que hay otros!...

El Ramón.—¡Eso de que no pueda ser que nos queramos!... Pero ¿por qué no puede ser, madrina?... Un rayo que me hiciese carbón, sería acabar conmigo de una vez y de otro modo que así, madrina.

La María.—¡Calla, te digo, que me estás haciendo pedazos el corazón!... Que te ocupas de tus dolores y olvidas los míos. ¡Calla, que también yo tengo que decirte!

El Ramón.—¡Y para qué va usted a padecer! No, madrina. Es mejor que no me diga usted nada, si es que lo que usted va a decirme no me remedia.

La María.—No. Tienes que escucharme. ¡Tienes que saberlo todo, porque para eso has venido aquí!... ¡Porque por eso te vas de mi lado!... ¡Porque las palabras que saldrán de mi boca van a ser mi castigo y el camino nuevo de tu vida, y de mi vida, y de la vida de todos!

El Ramón.—¡Madrina, madrina!

La María.—Quiero ser por un instante ahora, aunque sea por última vez, ¡la Loba!... ¡Ahora voy a ser loba!... Acércate a mí. Aunque, porque Dios lo quiere, te despedace con mis garras y hunda mis colmillos en tu carne. ¡Tienes que oírme!... Y luego te vas. Y pones el mundo entre los dos, que si debe ser, ya tendrá cuidado la Virgen de volver a unirnos.

El Ramón.—¡Madrina, que me da usted miedo!... ¡Calle usted, madrina!... ¡Que la van a oír a usted, madrina!

(La María tiembla al pensar que pueden oírla. Baja la voz. Estrecha al Ramón contra su pecho.)

La María.—No... Que no me oigan... Porque todos son lo mismo de malos... Y se extendería por el ciégano nuestra ver-

güenza... ¡Y no quiero, no quiero que te manche a ti lengua ninguna!

EL RAMÓN.—¿Qué dice usted?

LA MARÍA.—*(Exaltadísima.)* Oye, óyeme... Acércate... Así, muy junto a mí... Que sienta yo latir tu pulso y tus sienes y el calor de tu aliento; quiero abrasar tus ojos con mis ojos y ver mi cara dentro de ti, como en el agua de un pozo... Oye, Ramón, oye... Tú me quieres, ¿verdad? ¡Tú me quieres mucho!

EL RAMÓN.—¡Mucho!...

LA MARÍA.—¿Y no dejarás de quererme nunca?

EL RAMÓN.—¡Nunca!

LA MARÍA.—Jurámelo.

EL RAMÓN.—¡Mialas!... ¡Por la gloria de mi madre!...

LA MARÍA.—¡Basta!... Oye, te digo. Pero muy cerca de mí, para que mis palabras lleguen a tus oídos antes de que yo misma las oiga. ¡Que Dios me perdone si te hago daño! ¡Perdóname tú por el que te he hecho!... ¡Perdóname tú el que con la vida te diese el martirio, Ramón!...

EL RAMÓN.—¿Qué dice usted?...

LA MARÍA.—¡Hijo mío! !Hijo mío!... ¿No oyes?... ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... ¡Si no sé decirte más!...

EL RAMÓN.—¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!... *(Pausa larga. María solloza, medio muerta. Ramón se arroja a los pies de María y abraza sus rodillas.)* ¿Por qué hace Dios esto conmigo?... ¿Qué pecados castiga en mí?

LA MARÍA.—Los míos.

EL RAMÓN.—¡Los de usted, y es usted una mártir!

LA MARÍA.—¡Pues ésos son! Perdóname, te digo. Y ya ves cómo tu querer es un espanto y un pecado mortal y mi condenación. He roto tu alma; pero así es la voluntad de Dios... ¡Hágase su voluntad!... Tus amores los mata tu vida, mi vida, la maldición de mi vida. Porque eres mi hijo, sufres mi misma condenación de vivir fuera de todos los quereres. Ya ves que tienes que irte tú, la mitad de mi alma; aunque se lleve Dios a mi moza, que es la otra mitad y toda la tuya.

EL RAMÓN.—Ella, ¿lo sabe?

LA MARÍA.—No, no lo sabe. Pero pué que piense cosa peor.

EL RAMÓN.—¡Ay, mi vida!

LA MARÍA.—¡Calla, corazón, calla!... No me destroces más. *(Pausa.)*

EL RAMÓN.—Bueno, pues nada más. Me voy. Cuando haya de volver, volveré. Busque usted a la Marival un mozo que la haga feliz; que siendo ella feliz, yo seré menos desgraciado... Me voy... Bésela usted en la frente, de mi parte. Que

sea un beso muy largo y muy apretao. ¡Como la hubiera besado yo!

LA MARÍA.—¡Santísima Virgen del Val, no me abandones!

EL RAMÓN.—¡Y cómo va a abandonarla a usted, si ve que hay en su corazón una corona de espinas, como en la frente de Nuestro Señor Jesucristo!... ¡Madre! ¡Madre!... ¡Qué palabra!... Es como si en la boca tuviese uno miel y tuviese uno el sabor de la sangre de sus mismas venas. ¡Madre, adiós! No llame usted al señor Amaro. Yo me iré solo. Y en la casa espero. Y de allí nos iremos a la estación... ¡Y ya no nos veremos más, madre! Que cuando usted lo quiere, usted sabrá por qué lo quiere así, y yo no quiero ver a la Marival tampoco, porque no tendría valor para seguir viviendo.

LA MARÍA.—Adiós. Yo también quiero besar tu frente y tus ojos. *(Una mano empapada en lluvia abre sordamente desde fuera los postiguillos de la ventana. A través de la reja, como en una visión de cárcel, surge, siniestra, la figura de* EL PIRILI, *que escucha y llama luego a* EL MARTÍN, *"para que se convenza también".)* Y dejar aquí, como si fuese un santo óleo, la huella eterna de mis labios. ¡Porque eres tú el amor de mis amores, y la sangre de mis venas, y mi desventura y mi condenación! ¡Y ahora mi muerte, porque contigo se va mi vida!

EL RAMÓN.—¡Pero le dejo la mía yo!

(Sollozan. Se unen en un abrazo hondísimo, como dado con los corazones.)

EL PIRILI.—¡Quieto! *(Al Martín, fuera.)*

EL MARTÍN.—¡Quita, tú!

(Asoma por la ventana el cañón de una escopeta. Dispara. Ramón cae mal herido. Se lleva las manos al costado. La María lanza un grito horrible.)

EL RAMÓN.—¡Madre mía!... ¡Marival!... *(Tambaleándose, se dirige hacia una puerta. Cae. Muere.)*

LA MARÍA.—¡El! ¡Ha sido él!... ¡Ladrón!

EL MARTÍN.—¡Yo, yo he sido! Le maté. ¿Qué pasa? Y ahora, a ti.

EL PIRILI.—¡Quieto!

LA MARÍA.—¡Anda, mátame, mátame!... ¡A que no!... ¡Como que sería la única felicidad que te debiera!... ¡No te vas, no te vas!... ¡Socorro, socorro!

(De la alcoba de la Marival salen LA JEROMA, LA SEÑANICA, LA GALA *y* LA GORA. *Cuando va a salir* EL AMARO, *la María se interpone y cierra la puerta.)*

LA JEROMA.—¡Virgen santa!

LA SEÑANICA.—¡Le ha matao!

EL AMARO.—¡¡¡Asesino!!!

(El señor Amaro cruza la habitación. Sale a la calle. A través de la ventana se le adivina forcejear con el Pirili. La calle se llena de gente. La Gora cierra el portón. Luego enciende las velas rizadas. El cuerpo muerto del Ramón descansa en el regazo de la María, arrodillada.)

LA GALA.—¡Martín!

LA MARIVAL.—*(Dentro.)* ¡Madre, madre!

LA MARÍA.—¿Ves?... ¡Le beso!... ¡Le beso otra vez!... ¡Anda, mátame a mí!... ¡¡Era mi hijo!!

EL MARTÍN.—¿Qué dices?

LA MARÍA.—¡Era mi hijo!... ¡Mi hijo!, ¿te enteras?... ¡Mi hijo!... Porque no me mereciste nunca estima, ¿oyes?...¡Mi hijo!... Oidlo todos.

PUEBLO.—¿Qué pasa?... ¿Qué es es?... ¡Ramón!...

LA MARÍA.—Llevaros a ese hombre... ¡Ahorcarle!... ¡Ha matado a mi hijo!

(En el tumulto de la calle se destacan algunas voces perdidas.)

UNOS.—¡Hala!

OTROS.—¡Andando!

EL MARTÍN.—¡Ya voy, que para todos habrá justicia!... ¡Su hijo!...

LA MARÍA.—¡Calla, asesino!

LA MARIVAL.—*(Dentro.)* ¡Madre!

LA MARÍA.—*(Recuerda que la Marival puede oírla, y baja la voz.)* ¡Asesino! ¡Cobarde!

PUEBLO.—Al alcalde... Al juez... ¡Hala, hala!

(Se llevan al Martín. Las mujeres se arrodillan en torno al cuerpo de Ramón, y se cubren la cabeza con los manteos. Rezan. El señor Ginés, el abuelo, comienza una salve, en la que resuelve su dolor. Es como un responso. Las mujeres, arrodilladas, continúan el rezo del anciano con un sordo rumor. El telón va cayendo lentamente.)

EL ABUELO.—¡María, Dios te salve!... Llena eres de gracia. El Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...

LA MARIVAL.—*(Dentro, con un grito desgarrado.)* ¡Madre, madre, madre!

(María, agotada por el dolor, ha inclinado la cabeza sobre su hijo, como una Dolorosa. Fuera, sigue lloviendo, lloviendo...)

TELON

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 céntimos

COLECCIONE USTED

LA FARSA

Y ADEMÁS DE LAS OBRAS MÁS INTERESANTES Y DE MÁS ÉXITO, TENDRÁ USTED, EN NUESTRAS CUBIERTAS, UNA MAGNÍFICA SERIE DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL TEATRO ESPAÑOL

LA FARSA

Publicación semanal de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTÍN DE PEDRO

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

SECCIÓN DE PUBLICACIONES

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

Precio del ejemplar: 50 céntimos.

Cubierta de este número:

MANELICH

de «Tierra Baja»,

de D. Angel Guimerá.

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.